

8 3 0
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

Perla manchada

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

DE LOS SEÑORES

D. JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

D. JAIME FIRMAT NOGUERA

ESTRENADA CON ÉXITO EXTRAORDINARIO EN EL TEATRO CIRCO BARCELONÉS

LA NOCHE DEL 5 DE MAYO DE 1903

PRECIO: 2 PESETAS

MANRESA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL COMERCIO

30 — Plaza de Urgel, — 30

1903

10

a Joaquín Montero, actor, autor
y poeta, de inspiración y cretura
su amigo

José Firmat

Barro - Mayo - 1915.

PERLA MANCHADA



Perla manchada

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

DE LOS SEÑORES

D. JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

Y

D. JAIME FIRMAT NOGUERA

ESTRENADA CON ÉXITO EXTRAORDINARIO EN EL TEATRO CIRCO BARCELONÉS
LA NOCHE DEL 9 DE MAYO DE 1903




MANRESA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL COMERCIO

30 — Plaza de Urgel, — 30

1903



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

A Jaime Firmat Noguera

El argumento de esta obra se debe á tu fecunda inspiración. Yo solo le he dado forma y desarrollo. A cada cual le suyo, pero tuya es también la parte que me corresponde, si la aceptas en prueba de mi amistad.

José Fola.



A MI QUERIDO AMIGO

D. José Oms y Rovís

Fola, el insigne autor dramático y hombre de ciencia, hace mía toda por entero esta obra y yo te la dedico, á mi vez, en testimonio del inmenso cariño que te profeso.

Jaime Firmat

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

| | |
|-----------------------------|----------------|
| HERMINIA. | Sra. Llorente. |
| LAURA. | Srta. Bozzo. |
| GERTRUDIS. | Sra. Morera. |
| CÁRLOS MEYER. | Sr. Olivé. |
| D. ANDRÉS. | » Bozzo. |
| ARTURO. | » Muñoz. |
| EL BARÓN DEL CEDRO. | » Nieto. |
| EL MÉDICO. | » Guardia. |
| D. LIBORIO. | » Viñals. |
| PASCUAL. | » Llorente. |
| CRIADO. | » Rovira. |

ÉPOCA ACTUAL

LA ACCIÓN EN BARCELONA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad en toda España y países extranjeros.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



ACTO PRIMERO

Sala de lujo en la casa de D. ANDRÉS.

Salidas laterales y al fondo.

ESCENA I

HERMINIA

Estoy sumamente inquieta. Me inspira temor el instante de la despedida... ¿Tendré valor para contarle á Cárlos toda la verdad? El secreto que llevo oculto en el fondo del alma quiere salir á mis labios, y solo una voluntad de hierro es capaz de detener al deseo que lo empuja... ¡Ah! no... no... Que Cárlos lo ignore... Mi debilidad haría fracasar tal vez sus proyectos... Él me ha prometido que solo durará tres meses su ausencia... Volverá con la protección de su señor tío... Pedirá mi mano... Y acabarán estas angustias... ¡Ah!... ¡Mi padre!...

ESCENA II

Dicha. D. ANDRÉS *por la derecha.*

AND. Son las diez Herminia... ¿No dijo Cárlos que vendría á despedirse á esta hora?...

- HER. Si, señor, si.
- AND. Laura y tú, sentís como yo que se vaya. Le habíamos cobrado afecto..... ¿No es verdad?
- HER. Si, papá.
- AND. El viaje es largo...
- HER. ¡Ya lo creo!
- AND. Y eso que ahora no hay viaje largo, como dicen los que creen que la distancia es una palabra relativa... Yo lo siento mucho. No sé donde hallar otro que le substituya dignamente en el cargo que desempeñaba... Pero no hay remedio... El muchacho tiene fundadas esperanzas en su tío el opulento banquero de Nueva York... Hace bien en irse.
- HER. Su ausencia no será larga.
- AND. Eso piensa él... pero así que se vaya échale un galgo...
- HER. (*Asustada*). ¿Qué dices papá?... ¿Crees tú en la posibilidad de que Carlos no regrese de América?
- AND. ¡Toma! Ya lo creo... Su señor tío, le tenía en el más completo abandono, porque Carlos se resistía á dejar á España. Hoy le protege, pero á título de tenerle á su lado... Se casará con alguna rica americana y *laus Deo*.
- HER. ¡Eso no es posible papá!... ¡Eso no es posible!
- AND. ¡Bah!... ¡Dale!... Al tiempo. Cuando llegue le dices que pase á mi despacho... Tengo que llevar á cabo un trabajo muy urgente. (*Vase por la izquierda*).
- (*Herminia se deja caer en un sofá.*)

ESCENA III

HERMINIA

¡Mi padre me ha matado!... Sus últimas palabras han agotado todas mis energías. Creo que he obrado con excesiva lijereza permitiendo que Cárlos se vaya... ¡Herminia!... ¡Herminia!... Quizá te confíaste demasiado á la lealtad de un hombre. Si Cárlos me hace traición estoy perdida.

ESCENA IV

Dicha y CÁRLOS, por el foro.

CÁR. ¡Herminia!

HER. (*Tendiéndole los brazos*). ¡Cárlos!

CÁR. ¡Por Dios Herminia!... Pueden vernos... Recuerda que nuestro amor es un secreto.

HER. (*Deteniendo su primer impulso*). ¡Ah! sí; es un secreto.

CÁR. ¿Y tu papá?

HER. En el despacho.

CÁR. ¿Y tu hermana Laura?

HER. En su gabinete.

CÁR. ¿Luego no hay peligro?

HER. Ninguno.

CÁR. Mas con todo tengamos prudencia... Baja la voz.

HER. ¡Cárlos; tengo miedo!

CÁR. ¿Miedo?... ¿Tú miedo?

HER. Si. Miedo de que te vayas. De quedarme sola.

CÁR. ¿Por tan corto plazo?

HER. Un plazo puede prolongarse. El amor se enfria con la ausencia.

CÁR. ¡Oh, Herminia! ¿Dudas de mi fé?

- HER. De la que sientes hoy no dudo... La veo palpar en tus ojos... ¿Pero quién me asegura que mañana...
- CÁR. Mi lealtad... Al extremo que llegaron nuestras relaciones amorosas...
- HER. ¡Silencio!... Ahora soy yo quien te pide que bajes la voz.
- CÁR. Faltaríame el amor, lo cual no es posible, y me quedaría como una obligación inquebrantable el honor comprometido.
- HER. Y si yo te dijese: Carlos mío, no puedes marchar á América, porque tu viaje, no puede, no debe verificarse, porque va en ello la vida de tu Herminia.
- CÁR. ¡Qué escucho!
- HER. La verdad.
- CÁR. Debes tener una razón muy poderosa para espresarte de este modo, precisamente á la hora de la despedida, cuando ya tengo el equipaje á bordo del "Reina Margarita..
- HER. ¡Oh, Carlos mío!
- CÁR. Tranquilízate y nada me ocultes... ¿Qué significa este cambio de conducta?... ¿Qué ha pasado en tu corazón, para que hoy encuentres malo, lo que ayer te parecía tan bueno?
- HER. ¿Qué ha pasado?... ¿Qué ha pasado?... Pues bien... Quédate... No te vayas, y luego lo sabrás todo.
- CÁR. ¿Y nuestro porvenir?
- HER. El presente es lo que importa. El presente, lleno de angustias y peligros.
- CÁR. No te comprendo.
- HER. Quédate Carlos.
- CÁR. ¡Extraña resolución por vida mia!
- HER. Dame esa prueba de cariño.
- CÁR. Será preciso que á mi vez, te haga una revelación.

HER. ¿Tú?... ¿Tú tienes que decirme?...

CÁR. Lo que te ocultaba por motivos de suma delicadeza.

HER. Habla.

CÁR. Perdóname, Herminia, pero he de sacarte de un error que yo mismo he fomentado. Mi viaje á América, no se funda solo en el afán de poder dignamente solicitar tu mano.

HER. Hay otra causa.

CÁR. Tan imprescindible como la primera.

HER. Expílicate.

CÁR. Conste que lo hago, para hacerte desistir de tu empeño.

HER. ¡Ya estoy en áscuas!

CÁR. ¡Herminia... amiga mia!...

(Cárlos se detiene conmovido).

HER. Amiga mia... ¿Y qué más?

CÁR. Al cabo has de saberlo... Don Andrés...

HER. ¿Qué tiene que ver mi padre con este asunto.

CÁR. Tu padre, está arruinado.

HER. ¡Jesús!

CÁR. Ya lo he dicho.

HER. ¿Como es eso?

CÁR. Han abusado de su buena fé en dos importantes negocios, y la pérdida ha sido enorme.

HER. Gran Dios!

CÁR. Tanto; que no podrá pagar unas letras que obran en poder del Barón del Cedro, giradas á noventa dias fecha. Si antes de tres meses una mano providencial, no lo impide, don Andrés, el hombre más honrado y digno de la tierra, se verá mercantilmente deshonorado, puesta en tela de juicio su buena fé; y solo Dios sabe hasta qué negro abismo puede hacerle rodar su desgracia.

- HER. ¡Qué horror!
- CÁR. Valor, amiga mía!... ¡Valor Herminia!... Yo puedo ser el salvador de tu padre.
- HER. ¿Tú?
- CÁR. Tan ciega eres que no ves todavía la segunda razón que me obliga á emprender tan largo viaje?
- HER. ¡Ah! Todo lo comprendo.
- CÁR. Me arrojaré á los pies de mi tío... le confesaré toda la verdad... y estoy seguro que antes de tres meses podré regresar á España, con el precioso talisman, que ha de salvar dos honras: la tuya, que es la mía y la de tu padre en cuya conservación tengo tanto interés, como en la defensa de la mía propia.
- HER. ¡Ah, Carlos!... En medio del estupor que me produce la noticia que acabas de darme,... que rayo de esperanza viertes en mi pecho, con tus hermosos sentimientos... No en vano te ha dado Herminia su alma... No en vano ha podido el delirio de la pasión...
- CÁR. ¡Silencio!
- HER. ¡Silencio!... ¡Si!... ¡callaré!... ¡soy una niña! Perdóname Carlos... ¿Dudar de tu lealtad?... ¡Qué crimen tan grande he cometido!
- CÁR. Entonces ya me explico la razón de tu conducta; dudaste de mi y por eso querías hacerme desistir de mi viaje.
- HER. Si... si... Solo por eso... Pero ya no insisto... Al contrario... Yo soy ahora, la que te pide que te vayas... ¡Misericordia para mi padre!... Dices bien; que es el hombre más bueno de la tierra... Fuera yo una miserable si por necios escrúpulos, malograrse tu generosa intención... Vete Carlos, y acuérdate que dejas mi

vida en España, pendiente de tu lealtad... ¡Misericordia para mi padre!... ¡Piedad para mi!

CÁR. ¿Qué dices Herminia?

HER. Nada... nada... Olvidamos que el tiempo es de todos... Despidámonos, Cárlos... Estrecha mi mano... Bien fuerte... Así... Así... ¿Volverás, no es cierto?

CÁR. Antes de tres meses.

HER. Házme saber por el cable tu llegada.

CÁR. Y también sabrás por el cable el éxito de mi viage.

HER. Así lo espero... Adios... Aquí viene Laura... Papá te aguarda en el despacho.

CÁR. ¡Adios!... *(Se vá por la izquierda.)*

ESCENA V.

Herminia, LAURA por la derecha.

HER. Laura, hermana mia...

LAU. Te encuentro conmovida ¿Te has despedido de Cárlos?

HER. Me he quitado del corazón un peso enorme... pero ha quedado otro en su lugar.

LAU. ¿Cual?

HER. ¡Que necia! Llegué á figurarme que Cárlos se separaba de mi para siempre.

LAU. ¿Y ha sido él quien ha hecho renacer en tu corazón la flor de la confianza?

HER. Si... El ha sido.

LAU. ¡Entonces tienes sobrada razón al considerarte dichosa!

HER. ¡Lo dices de un modo...

LAU. ¡Ah!... Es verdad... Estaba preocupada.

HER. ¿Lloras?

LAU. ¡Que tontería! No hay nada que perjudique tanto á las gentes, como el exceso de la sensibilidad... No hagas caso... Ya se

secaron mis ojos llorones... Cuéntame...
Y Carlos... ¿Se vá triste?... Te habrá ju-
rado amor eterno.

HER. Ciertamente.

LAU. Mucho tardan en salir las palabras de
tus labios... ¿Cuál es el otro peso de tu
corazón?

HER. Tú no sabes, hermana mía, el sacrificio
que me cuesta este viaje!

LAU. ¡Una ausencia de tres meses!... ¿Qué
amor no la resiste? Transcurrido este
plazo, Carlos volverá, rico, millonario...
Y si no le envanece el dinero...

HER. Le ofendes, Laura.

LAU. Tienes razón, nosotras también somos ri-
cas, millonarias...

HER. No, Laura, no lo somos.

LAU. ¡Qué escucho!

HER. ¡Papá está arruinado!

LAU. ¿Quién te ha dicho esto?

HER. Carlos que lo sabe.. Papá ha perdido to-
da su fortuna en dos desastrosos nego-
cios.

LAU. ¡Ah!... Entonces... Ahora me esplico...

HER. ¿Qué has visto?

LAU. No ha mucho, me hallaba conversando
con papá, cuando le avisaron por teléfo-
no, la visita del Barón del Cedro. Papá
se puso más pálido que la cera.

HER. El Barón del Cedro, es uno de sus mayo-
res acreedores.

LAU. No me ha engañado el presentimiento...
¿De manera que nuestro padre?...

HER. Solo cuenta con el amor de sus hijas.

LAU. No importa. Nosotras trabajaremos para
él... Tú bordas con primor... Buscarás
trabajo... Dicen que yo soy una maestra
en piano... daré lecciones.

HER. Si... si... pero...

(*Al ver que Herminia se deja caer en un sofá.*)

LAU. Veo que te amilanas mas de lo justo...
¿Dónde está tu valor?

HER. (*Levantándose*). Escucha Laura... Dáme á conocer tu pensamiento, por amargo que sea... Consideras á Cárlos tan vil que á su regreso, al vernos sumidos en la pobreza...

LAU. Hermana mia... Cárlos es hombre.

HER. ¡Laura!... ¡Me has matado!

LAU. ¿Como? Te desconozco... En presencia del inmenso infortunio que aqueja á nuestro padre... ¿tanto valor le concedes á un desengaño de amor?

HER. ¡Tú no sabes... hermana... tú no sabes!

LAU. No comprendo tu desesperación .. Tanto cariño se sale de la esfera de lo humano.

HER. ¡Ay Laura mia!... ¡Ay Laura mia!

LAU. ¡Habla! ¿Quien es primero; Cárlos ó tu padre?

HER. ¡Cárlos!; porque también es padre!

LAU. ¡Divino Dios! ¿Que dices, desventurada?

HER. Ya lo he dicho... Ya ha salido el horrible secreto de mi alma... ¡perdón, Laura, perdón! (*arrodillándose*)

LAU. ¡Que puñalada me has dado en mitad del pecho! ¡Miserable, que hiciste!

HER. Labrar mi eterna desgracia.

LAU. Y nuestro honor.

HER. Perdido.

LAU. *Asiendo á Herminia de un brazo obligándola á ponerse en pié.* ¡Levántate!... ¡Ay de tí si papá!...

HER. ¡Me mataría! ya lo sé

LAU. Tienes conciencia de la magnitud de tu falta?

HER. Quizás es más grande de lo que yo misma creia!

LAU. ¿Que piensas hacer?

HER. Morir, si Carlos me hace traición. No temas por mi honor, que es el vuestro. Si Carlos no regresa, papá llorará la muerte de su hija; no su deshonra.

LAU. ¡Oh, amor ciego!... ¡Oh, pasión insensata!

HER. He sido muy culpable... Yo soy mas debil que tu.... Carezco de la energía de tu alma.... Tu no hubieses mancillado la pureza de tus sentimientos.

LAU. *(Con gran entereza)* ¡No!

HER. Bien lo sé Laura; bien lo sé. Tu sabes amar en secreto, y tienes fuerza bastante para hacer de tu pecho un sepulcro y una arca de tus pasiones.

LAU. ¿Que escucho?... ¿Porqué dices eso?

HER. Porqué ha llegado la hora de decirlo... ¡Tú amas también á Carlos!

LAU. ¿Y como... como has podido saber?... ¿Me has sorprendido en sueños?... ¿Salen los muertos de la sepultura?

HER. Los muertos no... Pero tu ilusión estaba enterrada en vida... Yo adiviné tus angustias... Pluguiera á Dios que no lo hubiese hecho... Tu amor vale mas que el mio... infinitamente mas... Tu belleza es una perla engarzada en virtud de diamante... La mia es una rosa que despide su fragancia un dia, nada mas que un dia, para caer después en sucio lodazal... Ese Carlos ha sido un necio... Pudo ser dueño de la perla, y eligió la rosa: tenia por suya la virtud, y aceptóla deshonra...

LAU. ¡Silencio!... Papá y Carlos... Vamos al tocador. Vamos por un momento á borrar las huellas de nuestras lágrimas.

(Vanse por la derecha)

ESCENA VI

D. ANDRÉS Y CÁRLOS *por la izquierda*

AND. Ya sabe usted. Aquí deja una casa y una familia.

CAR. Muchas gracias, Don Andrés. Crea usted que á no tratarse de mi porvenir, jamás le hubiera abandonado.

AND. Lo sé Cárlos; lo sé. Además, si es cierto lo que afirma, no tardaremos en verle de nuevo por acá, convertido en un Creso.

CAR. Antes de tres meses.

AND. Corto es el plazo.

CAR. ¡Noventa días!

AND. ¡Como las letras á larga fecha!

CAR. Eso es; como las letras á larga fecha!

AND. Lo dice usted con cierto tono...

CAR. Y usted se ha inmutado... ¿Seamos francos don Andrés?

AND. Seámoslo... En esta hora solemne el empleado se convierte en amigo del principal...

CAR. Don Andrés, está usted arruinado...

AND. ¡Silencio, Cárlos, silencio!... Que mis hijas no lo oigan.

CAR. Usted no podrá pagar las letras de Londres, cuyo tenedor es el Barón del Cedro.

AND. Dice usted bien Cárlos, no podré pagarlas... Mire usted la prueba... Cada vez que pienso en eso se inunda mi frente de sudor frio... (*Enjugándose la frente con un pañuelo*) Mírela usted inundada.

CAR. Estas letras están giradas á noventa días fecha.

AND. Ya han transcurrido ocho días del plazo fatal.

CAR. Mire usted por donde yo me he tomado

para realizar mi viaje de ida y vuelta el mismo plazo.

AND. Es verdad. Pueda que aún tenga el principal, que solicitar un destino en casa de su antiguo empleado.

CAR. (*Estrechándole la mano*) ¡Oh, don Andrés! (No me ha comprendido).

AND. No lo siento por mi... Lo siento por ellas... Por Laura y Herminia.

CAR. ¡Como!... ¿Acaso no piensa usted hacer uso de su crédito?

AND. ¿Levantar fondos?... No, amigo mio... Don Andrés, el antiguo banquero, será en la hora crítica lo que ha sido siempre... ¡Un hombre honrado!

CAR. Por serlo tanto se han malogrado sus mejores negocios.

AND. No importa... No dejará de serlo... Yo no levanto fondos comprometiendo á otros en mi ruina... ¡Oh!... En este punto no hay fuerza humana que pueda torcer mi voluntad... Ya sé que la honradez no se cotiza en mercado alguno. De sobra conozco que pasaré por necio á los ojos del mundo, pero mi conciencia quedará tranquila... La conciencia es el tesoro de la vida. Piérdanse los millones de mi bolsa, pero que no se pierda ni un maravedí de mi conciencia.

CAR. ¡Oh, señor!

AND. ¿Se turba usted?... Cualquiera diría que se trata de un joven incapaz de sacrificio alguno por conservar tan preciado tesoro.

CAR. (¡Qué vergüenza! ¡Si supiera que le he robado su mejor tesoro!)

AND. Le confunde á usted mi lenguaje... Y sin embargo mi conducta dista mucho de ser un rasgo de soberana esplendidez... Lo que hay, es que corremos unos tiem-

pos, en que se admira al que no roba y se levantan estatuas á los hombres que cumplen sencillamente con su deber... y basta: porque antes levaría anclas el «Reina Margarita» que apuraríamos la tesis... Aquí vienen Laura y Herminia... Ya iba á llamarlas.

CAR. (*Conmovido*). Adios don Andrés... Acuértese del plazo... ¡Noventa dias fecha!

AND. ¡Buen viaje amigo mio!

ESCENA VII

Dichos HERMINIA y LAURA por la derecha

HER. ¿Conque de despedida?

CAR. (*Consultando su reloj*). Si... me he entretenido demasiado... Apenas me queda tiempo para ir á bordo.

AND. No se detenga.

CAR. ¡Adios Herminia!

HER. ¡Adios Cárlos!

CAR. (*Tendiéndole la mano*). ¡Laura!

LAU. Hasta la vuelta. (*Luego le dice á parte*).
(¡Cárlos, piedad para Herminia).

CÁR. ¿Qué escucho?

LAU. Nada... ¡Buen viaje! (*Vase Cárlos foro*).

ESCENA VIII

D. ANDRÉS, LAURA y HERMINIA

AND. Parece que se nos vá el alma detrás de este muchacho... ¡Os veo muy afligidas!

LAU. Herminia está afectada.

AND. Y tu no lo estás menos. Ya veo que mis empleados saben captarse las simpatias de las gentes.

ESCENA IX

Dichos y CRIADO por el foro

CRÍA. ¡El señor Barón del Cedro!
AND. ¡Ah! Que pase adelante.
LAU. ¡El Barón!... Vamos, Herminia.
(*Vanse por la derecha, el Criado por el foro.*)

ESCENA X

D. ANDRÉS, *solo*

¡Pobrecillas!... Parece como que huyen espantadas... Hacen bien. El Barón viene á hablarme de las letras que obran en su poder. De seguro que ha olfateado alguna cosa...

ESCENA XI

Dicho el BARÓN DEL CEDRO

BAR. Buenos dias, don Andrés.
AND. Adelante, señor Barón.
BAR. Supongo que...
AND. Ya tenía noticia de su visita... Tome asiento y diga si le place, cuál es el motivo que me proporciona el honor de verle por esta casa.
BAR. Calma, amigo mio, calma; todo se andará. ¿Y las niñas?
AND. En sus labores.
BAR. Ya sé que son muy hacendosas... Debe sentirse orgulloso, son dos perlas.
AND. Favor que usted las hace.
BAR. ¡Justicia, amigo mio! ¡Justicia!... ¿Y los negocios como andan?

AND. ¡Ah! los negocios...

BAR. ¡Diablo! No es maravilla que dos banqueros hablen de negocios.

AND. Ciertamente.

BAR. Ya sé que no hizo usted mucha fortuna en aquel maldito cargamento.

AND. Salí en aquél negocio, con las manos en la cabeza, como suele decirse... Ni puedo ni debo ocultárselo, sobre todo á usted, que tiene créditos importantes contra mi casa.

BAR. Distingamos, don Andrés, distingamos... En buena práctica mercantil no es á mí quién debiera decir la verdad.

AND. ¿Por qué, señor Barón?

BAR. Por eso mismo... porque tengo créditos...

AND. Yo no me voy con la corriente del uso... Si usted no estuviese tan interesado en la verdad ó mentira de mi respuesta, no me hubiera creído obligado á confesar mi fracaso... Hablemos claros señor Barón... usted ha venido á sondear...

BAR. Alto allá, mi querido don Andrés... No es justo que usted se anticipe á mis pensamientos, atribuyéndome alguno, que si no lo encuentra digno de usted, menos acaso lo sea de mí.

AND. ¿Cómo?

BAR. Yo le agradezco mucho esta noble sinceridad; pero no me hace falta para el asunto que me trae.

AND. ¡Ah! ¿no se trata de las letras que obran en su poder?

BAR. De ningún modo.

AND. Dispense, señor Barón, me he pasado de listo.

BAR. Mas bien dicho... de hombre honrado... Conste que le he ganado la primera partida.

- AND. Así es, aunque yo, partidas como esas quisiera perder muchas.
- BAR. Vamos á la segunda.
- AND. Como usted quiera.
- BAR. Don Andrés... Usted ya sabe que tengo un hijo.
- AND. ¡Arturito! Un buen mozo.
- BAR. En esto se parece á su padre. ¡Valga la inmodestia! ¿eh?
- AND. No hay inmodestia que valga, Sr. Barón.
- BAR. Ja... ja... ja... Esto no es serio. Al grano. Mi hijo es un mala cabeza.
- AND. Ya se enmendará.
- BAR. A eso vamos. Hace algun tiempo, le dije... "Arturo... Ya me he cansado de tus calaveradas... Tienes una brillante posición... A tomar estado... El matrimonio metodizará tus costumbres,, lo sé por experiencia propia "de consiguiente, te doy dos meses de plazo para que busques tu media naranja.,, El chico me contestó gravemente... "Está bien papá.,, Han transcurrido los dos meses, y esta mañana se me ha presentado diciendo... "¡Papá!... He cumplido tus órdenes... ya elegí compañera; es la única mujer que ha llegado á interesarme, pero no estoy muy seguro de su cariño. Arregla tú la boda.,, ¿No adivina usted quién es la elegida por Arturo?
- AND. No señor, no caigo. ¿Quién es?
- BAR. Herminia.
- AND. ¿Mi hija?
- BAR. La misma.
- AND. Señor Barón, me deja estupefacto.
- BAR. ¿Supongo que no me hará un desaire?
- AND. De ningún modo y aunque Arturo...
- BAR. Ya se enmendará... Me atengo á las palabras de usted.

- AND. Herminia no tendrá inconveniente. Me consta que su corazón está libre, y la conozco muy bien... Hará de buen grado lo que yo mande... Pero...
- BAR. Se oscurece su semblante... ¿Tan seria es la dificultad?
- AND. Y tanto.
- BAR. Deseo saberla. ¿Cuestión de intereses?
- AND. ¡Desgraciadamente!
- BAR. Entonces está salvada.
- AND. Señor Barón... No quiero pasarme de listo, ni de hombre honrado... Ahora quiero ser justo... Mis hijas no tienen dote.
- BAR. ¿Cómo que no tienen dote?
- AND. Nada posee su padre... He perdido mi capital... En una palabra: las letras de usted, serán protestadas por falta de pago.
- BAR. ¡Diablo! ¡La cosa se complica!... Le creí quebrantado, pero nó hasta ese punto...
- AND. Siento mucho no poder aceptar el honor que trataba de dispensarnos.
- BAR. Bueno... bueno... Puesto que no hay otro remedio, dotaremos á Herminia.
- AND. ¿Cómo?
- BAR. Regalándola esas letras, el día de su vencimiento.
- AND. ¡Don Antonio!
- BAR. ¡Gracias á Dios que me apeó usted el tratamiento!
- AND. ¿Pero es posible que...?
- BAR. Le haya ganado la segunda partida?... Ya lo vé usted. Comprendo su asombro. Usted se ha dado el gustazo de ser hombre de bien, á carta cabal, pensando que todos los banqueros de Barcelona son unos truanes. Conste que no acuso ni diciendo á nadie... Sin duda se consideraba como una escepción absoluta de la regla

y ahora se maravilla porque le sale al paso uno del oficio que no es malo del todo.

AND.

Sea usted completamente generoso.

BAR.

(*Levantándose*). Se acabó la entrevista.

AND.

Perdóneme usted.

BAR.

Tengo miedo á las apoteosis inmerecidas.

AND.

¿Pero tan pronto?

BAR.

Arturo me espera en la calle y estará impaciente por conocer el resultado de mi embajada.

AND.

Como usted quiera.

BAR.

Quedamos en que...?

AND.

Por mi parte queda aceptada la boda... Hablaré á Herminia y espero que...

BAR.

¡Adiós! (*Se dan la mano y v.ise el señor Barrón por el foro.*)

ESCENA XII

D. ANDRÉS. *solo*

¡Salvado!..... ¡Estoy salvado!..... Digan ahora que la honradez no se cotiza en mercado alguno... Me parece un sueño tanta felicidad... Ese Arturo es un calavera, pero no hemos de ser tan rígidos con la juventud... Yo mismo pasé por un mala cabeza en mis tiempos... Nada... nada... La virtud no puede ser tan exigente. No es caso de tirar por la ventana la dicha que nos ofrece la Providencia... ¡Laura!... ¡Herminia!

ESCENA XIII

Dicho, HERMINIA y LAURA *por la derecha*

LAU.

¿Qué ocurre, papa?

AND.

No te quedes rezagada, Herminia... Va-

mos á llevar á cabo un pequeño consejo de familia.

HER. Siempre que no se trate de comunicarnos una mala nueva.

AND. De todo hay como en la viña del Señor... Hijas mias, habeis de saber que me hallo completamente arruinado.

LAU. Ya lo sabíamos, papá.

AND. ¿Si?... Admiro vuestra prespicacia... Lo que sin duda ignorais el que el señor Barón del Cedro, que acaba de salir de aqui, tiene en sus manos mi ruina ó mi salvación.

LAU. También lo sabíamos.

AND. ¡Caramba!... Ahora resulta que todo el mundo conocia mi secreto... Pues bien; me complace sobremanera ver la resignación retratada en vuestros semblantes. Voy á quedar en la más absoluta pobreza... Sepamos lo que mis hijas quieren hacer por su padre. *(Al oír esto Laura y Herminia rodean á su padre)*

HER. No te aflijas... ¡Trabajaremos!

LAU. ¡Oh si; trabajaremos!

HER. Yo ganaré dinero bordando todas las horas del dia.

LAU. Yo daré lecciones de piano.

HER. Nada te faltará.

LAU. Absolutamente nada.

AND. No esperaba menos de vosotras, pero tranquilizaos, hijas mias... Regocíjate Herminia... El Barón del Cedro me acaba de pedir tu mano para su hijo Arturo.

HER. ¡Gran Dios!

AND. ¿Te ha llenado de asombro? Como á mi... ¡No quieres dar crédito á tanta felicidad!

LAU. *(Rápidamente aparte á Herminia).*

(¡Herminia!)

AND. Ven á mis brazos hija mia... Hoy es uno

de los días más venturosos de mi vida.

HER.

(*Llorando. Abraza á su padre.*)

¡Padre mio!... ¡padre mio!...

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I

HERMINIA *y* LAURA

- HER. ¡Cuán buena eres!
- LAU. ¿Porque dices eso?
- HER. Porque en vez de despreciarme como merezco, aun me prestas aliento. ¡Aun derramas el bálsamo de tus caricias, sobre mi pecho dolorido!
- LAU. Porque tu también eres buena... Yo no soy tan benévola como crees... Te he perdonado, porque sé por experiencia propia, hasta donde puede llegar la intensidad de un afecto. ¡A mi corto juicio hay dos clases de mujeres... unas que caen y se levantan, y otras que caen y ya no salen del arroyo.
- HER. ¿Pero tú no crees en la existencia de un poder fatal, implacable, que con su mano de hierro, aplasta á las criaturas más bondadosas?
- LAU. Debe existir ese poder, cuando las gentes se compadecen hasta de los criminales más empedernidos... ¿Pero á qué vienen esas filosofías?

HER. Vienen, porque verdaderamente me siento aplastada por esa mano de hierro del destino.

LAU. Tengamos fé y esperanza en la nobleza de nuestras intenciones.

HER. Pero en tanto, el conflicto avanza y el cablegrama no llega.

LAU. Aun hay tiempo.

HER. Hace ya tres días que debió llegar á Nueva York el "Reina Margarita,,. Esos vapores miden el tiempo que ha de durar su travesía matemáticamente.

LAU. Pídeles matemáticas á los vientos desencadenados y al Oceano enfurecido.

HER. Una borrasca puede retrasar el viaje un día, dos á lo sumo.

LAU. Calma, mi querida Herminia, calma.

HER. Es inutil que me pidas lo que tu no sientes. ¿Acaso no veo yo reflejarse en tus ojos la misma zozobra?

LAU. Pero bien... ¿Llegará antes á Nueva York el "Reina Margarita,, si nosotros nos entregamos á la desesperación?

HER. Es verdad.

LAU. Bien comprendo tus ansias... Deseas que llegue el cablegrama, para poder decirle á nuestro padre... Aquí te traigo la llave que encierra el secreto de mi conducta vaga para tí... Aquí tienes la causa de mis profundas tristezas... Ya puedo decirte... Me resistía tácitamente al proyecto de mi boda con Arturo, porque amaba á Cárlos... Y porque Cárlos tiene el compromiso sagrado de rehabilitar tu crédito y de poner á salvo mi felicidad.

HER. Eso... eso mismo pienso decirle... Tú me has dado la forma que consideraba muy embarazosa para mi situación.

LAU. Pero bien... Pongámonos en el caso mas

apurado... Supongamos que el cablegrama no llega.

HER. ¿Que no llega?

LAU. ¡Mujer!.. Es una suposición... ¡Te has puesto pálida.

HER. No comprendes que no es posible?...

LAU. Mejor que no lo sea... Si te has de conmover hasta ese extremo, hagamos punto redondo.

HER. No... no... Tienes menos años que yo, pero más entendimiento... Pongámonos en el caso que citas... Supongamos que Carlos me hace traición.

LAU. No quise decir tanto, pero en fin, supongámoslo. ¿Qué hacemos?

HER. ¡Ah Laura!... Ahora sí que me lanzas por una obscura pendiente... ¿Qué harías tú?

LAU. ¿Qué sé yo?

HER. ¿Te casarías con el hijo del Barón del Cedro?

LAU. El caso no es el mismo... Yo podría casarme con Arturo, á pesar de sus muchos defectos, sin sentir por él ni pizca de cariño, sacrificando mi dicha por salvar á nuestro padre de la bancarrota y del descrédito y aun de alguna otra cosa peor... pero tú... tú...

HER. No prosigas... Mira en mi frente la aureola de la vergüenza... Mi mano está manchada... No puede ser bendecida por un sacerdote... Solo Carlos puede redimirme.

LAU. Eso es.

HER. ¿Y nuestro padre?

LAU. En semejante situación, papá se mata! No abrigues la menor duda.

HER. ¿Y diciéndole toda la verdad?

LAU. No resuelves el conflicto... Con eso no

harías más que variar la dirección de su revolver.

HER. ¡Me mataría! ¡Es verdad!... ¡Desventurada de mí!

LAU. Mira; se me ocurre una cosa.

HER. ¡Habla!... Tú eres mi única esperanza.

LAU. ¿Hasta qué punto será caballero ese Arturo?

HER. Qué se yo?... Le encuentro muy acanallado.

LAU. Eso no perjudica nuestro plan.

HER. ¿Qué quieres decir?

LAU. Arturo pretende casarse contigo sin amor... El amor lo tiene puesto á una tal Carlota, entretenida de mucho lujo... se casa por exigencias de familia y por otra cosa... por pescarle dos ó tres millones al bueno de su papá, el señor Barón del Cedro, para gastárselos alegremente después de casado. Propongámosle un cambio?... ¿Qué más ha de importarle una Herminia que una Laura?

HER. ¿Qué estás diciendo? ¿Serías capaz de sacrificarte?

LAU. ¿Por nuestro padre? Ya lo creo... No es cariño, es obsesión lo que siento hacia él. Maravíllate; yo tengo buenas ideas acerca de la moral humana... Pues oye lo que me atrevo á decirte... Por no verle sufrir, sería capaz de aceptar el daño mas grande que puede ocasionarse á una mujer.

HER. Eres un angel.

LAU. Un angel sin alas... Conque manos á la obra.

HER. ¿Cómo? No consiento...

LAU. Sí, mujer... A empezar desde luego, o mejor dicho... Yo misma te ahorraré este trabajo hablando con Arturo.

HER. ¡Papá!

ESCENA II

Dichas, D. ANDRÉS, por la izquierda

AND. Laura... déjame sólo con tu hermana.

LAU. Está bien papá! (¡Valor, Herminia!)

(Váse Laura por la derecha)

ESCENA III

HERMINIA y D. ANDRÉS

HER. ¿Que has de decirme que no pueda ser oído por mi hermana?

AND. Deseo que tengas la mas absoluta libertad, para entenderte con tu padre... Si fuera posible separar lo impalpable, que es la conciencia, de lo material, que es la persona, te diria á ti también: Vete con tu hermana, Herminia, pero déjame la conciencia.

HER. Pondré toda mi atención en tus palabras.

AND. Eso quiero... pero antes tomemos asiento en este diván.

HER. Con mucho gusto, papá.

AND. Vamos á ver, Herminia... Si mi memoria no me es infiel, hoy hace veinticuatro dias que puse en tu noticia la petición que de tu mano me hizo el Barón del Cedro, para su hijo Arturo... Al sondear tu voluntad me pediste un plazo. Un mes á lo sumo para decidirte... Lo encuentro muy natural porque el afecto, no entra de rondón en el alma y así se lo manifesté al señor Barón... A los cuatro dias este te hizo la presentación oficial de su hijo... En aquella entrevista le tratastes

muy friamente... Arturo tuvo que sentarse, y hoy al regresar á Barcelona vendrá á verte de nuevo, ganoso sin duda de conquistar tu aprecio. Por otra parte mi mirada escudriñadora, se ha fijado en tí mas de lo que tu misma pudieras imaginarte... He observado que tu salud se ha resentido y que una aureola de tristeza te acompaña á todas partes.

HER.

No, papá.

AND.

No trates de negarlo, porque es inútil. Vamos á lo sustancial de mi propósito. El padre de este muchacho, como es natural, vendrá hoy con su hijo por segunda vez á exigirme una respuesta categórica y aquí me tienes sin saber que decirle.. Ya veo que te callas y comprendo la significación de ese silencio.

HER.

Es que...

AND.

Basta, Herminia... Ya sé lo que deseabas saber. Luego cuando venga el padre de Arturo le diré... Señor Barón lo siento mucho, pero Herminia no se decide á matrimoniar como pensábamos. Declina la honra con que usted trataba de favorecernos.

HER.

Pero, papá!..

AND.

Ahora lo que yo exijo seriamente de tí es que me digas el motivo que te obliga á desairar las pretensiones de Arturo.. De mi terrible situación económica no hablemos... Tu padre llegará hasta donde deba llegar... ¡oh, no pienses que yo deseo el sacrificio de mi hija, para solventar mis deudas!...

HER.

¡Padre de mi corazón!... Cuanto me duele las palabras que dejas escapar de tus labios.

AND.

Pero ese dolor tiene un límite; lo com

prendo. No vá más allá de las ilusiones que te has forjado... Casar con un mozo sin amarle, es cosa muy dura... muy dura para tí... El autor de tus dias, hizo mal en concebir ciertas esperanzas... El derecho de un padre no llega á tanto, y por este lado, me hallo en deuda abrumadora contigo.

HER. Papá, tienes mucha razón. Arturo no ha sabido inspirarme ningún afecto, más yo te juro por la memoria de mi difunta madre, que tu hija es capaz de dar por tí, hasta la última gota de su sangre... Cada una de las irónicas y amargas frases que has pronunciado, ha penetrado en mi pecho como la hoja de un puñal...

AND. ¿Como se esplica entonces tu conducta?

HER. ¿Como se esplica?... ¿Como se esplica?...

AND. Eso es... No creo yo que se trate de algún misterio impenetrable.

HER. Papá... El plazo que te he pedido, aún no ha espirado.

AND. ¿Y á qué aguardas?... Que loteria imaginaria es esa, que te dá tan magníficas esperanzas?

HER. No puedo más... Voy á decírtelo... Tú no querrás el sacrificio superfluo de una hija.

AND. Ni el utilitario tampoco... Ya te lo he dicho.

HER. Entonces aguarda á que llegue á Nueva-York el "Reina Margarita.... Un cablegrama nos sacará á todos de esa horrible inquietud... Sí, padre mio... Tú eres noble y honrado, pero Cárlos es grande y generoso... Antes de partir para América me reveló sus propósitos... Cárlos trata de salvarte, de un modo tal, que tú no

puedas impedirlo ni tengas que sufrir ninguna humillación.

AND. ¡Ah!... ¡Por fin!...

HER. Aquí lo tienes explicado todo. ¿Crees que hago mal en tener confianza?

AND. No, hija mía... De Carlos puede esperarse todo... Conozco aquel noble corazón. Ahora viene como una luz á mi espíritu. «Mire usted por donde me tomo para hacer mi viaje de ida y vuelta, el mismo plazo que las letras á larga fecha», me dijo.. Eso es... ¡Noventa días!... ¡Noventa días!.. El plazo que tengo incrustado en el cerebro... ¡Plazo implacable pavoroso, que acabará la tranquilidad de mis días y el sueño de mis noches.

HER. ¡Animo, padre mio!

AND. ¿Pero ese cablegrama?

HER. Está por llegar... debió haber ya llegado.

AND. No... no ha podido recibirse... Ahora caigo en que el «Reina Margarita» no ha llegado todavía al término de su viaje.

HER. ¡Ah! ¿Tú sabes...?

AND. Me inspira la suerte de Carlos mucho interés... Nada ha dicho la prensa del arribo de ese vapor á la capital del Reino Unido... ¿Habrá tenido que capear algo temporal?

HER. ¡Ay, papá mio!... de que inquietud más horrible has descargado mi corazón.. Ya conoces la causa de mi aislamiento y tristeza... Egoísta no lo soy... He pecado quizás de precavida... y mi conducta te ha parecido... No es tu hija ingrata como el autor de sus días... No será su amor semejante al de esos pajarillos por quienes los padres se sacrifican y que apenas pueden batir sus alas, los abandonan como si nada les debieran y ningún vínculo

lo los hubiese unido jamás... Bien puedes estar satisfecho por esta parte... Tu suerte, será la nuestra. Pobre tu, no seremos ricas nosotras... Nos regocijaremos en tu alegría, como sufriremos en tu tristeza... Y si caes, papá, no te desesperes... Apóyate como en un báculo, en el amor de tus hijas. Eso es lo que manda la Ley de Dios, y esos son los deseos más grandes de tu adorada Herminia.

ND. ¡Pobre hija mia! Si caigo, mi deshonor mercantil no podrá cobijarme en vuestros amantes brazos... Yo sé lo que el deber me impone... ¡Pero qué digo!...

ER. ¡Me asustas, papá!

ND. Calla, que alguien llega.

ESCENA IV

Dichos y un CRIADO por el foro

RIAD. El Señor Barón y su hijo don Arturo.

ND. Que pasen... ¡oh que pasen! Nada temas... El infortunio acabará por hacerme hábil y astuto... Capearemos el temporal como el «Reina Margarita».

ESCENA V

Dichos, BARÓN y ARTURO, por el foro.

AR. ¡Buenos días!

ND. Adelante, señores.

AR. ¿Les sorprendemos en algún diálogo interesante?

ER. Nada de eso, señor Barón.

RT. ¿Que tal Herminia?

ER. ¡Felices, Arturo!

AR. ¿Y usted? (*Estrechando la mano de Herminia*)

- HER. Sin novedad.
AND. Algo resentida de salud.
ART. ¿Está usted enferma?
HER. ¡Oh, no es nada!... El otoño.
BAR. (Tenemos que hablar.) (*Ap. á D. Andrés*
AND. (*A. Herminia y Arturo.*) Les damos á usted
des permiso, para ir á discretear al jar
din por unos momentos.
ART. Con mil amores. ¿Quiere usted acepta
mi brazo?
HER. Bueno. Vamos. (*Vase Herminia y Arturo*
por el foro derecha.)

ESCENA VI

El BARÓN y D. ANDRÉS.

- BAR. ¡Gallarda pareja!
AND. Así parece... ¿Qué ocurre señor Barón?
BAR. Malo, don Andrés, malo!
AND. Ya me lo figuraba!
BAR. ¿Porqué?
AND. Porque no espero nada bueno.
BAR. Efectivamente, tiene usted desgracia en
los negocios que...
AND. Cuando empiezan á salir mal, se parecen
á las cerezas... se enredan unos con otros
Pero no es mia la culpa.
BAR. Ya lo sé, la mala fé de los hombres.
AND. Y bien, ¿qué ha ocurrido?
BAR. Que la casa Friedeburg, no ha pagado
los giros de usted.
AND. ¡Como! ¿No há pagado Friedeburg?
BAR. No señor. Ya me los ha devuelto mi co
rresponsal de Hamburgo.
AND. (*Dejándose caer en un sillón.*) ¡Válgame
Dios! ¡Válgame Dios!
BAR. Don Andrés, si hubiera sabido que le
había de causar tan penosa impresión...

- AND. ¿Pero por qué no ha pagado Friedeburg?
¡Esto es increíble!
- BAR. Se ha declarado en suspensión de pagos.
- AND. ¡Misericordia divina! (*Limpiándose con un pañuelo el sudor de la frente.*)
- BAR. Amigo mio... ¡valor!
- AND. ¡Esto es demasiado!... ¡No puedo mas!
- BAR. ¿Se pone usted enfermo?... ¿Quiere que llame en su auxilio?
- AND. No... no... Será preciso rodar hasta el fondo de la desventura... Pobres hijas mias!... ¡Que patrimonio de vergüenza y dolor, os vá á legar vuestro padre!
- BAR. Me conmueve su pena, hasta un extremo inconcebible... Aquí están sus letras. (*Sacándolas de una cartera.*) Incáutese de ellas y ya me pagará cuando pueda. (*Levantándose.*) ¿Cómo?
- AND. Se ha espantado usted... Palabra dicha no tiene vuelta.
- AND. Poco á poco señor Barón... Seamos comedidos... prudentes... Mi corazón rebosa gratitud, pero le suplico que se guarde esos giros.
- BAR. ¿No los acepta?
- AND. Ya he salido de mi estupor... No puedo... no debo aceptarlos.
- BAR. ¿Ni en prenda de un pacto de familia?
- AND. El afecto no se compra, se conquista...
- BAR. Tranquilícese usted; no trato de comprar el amor de su hija, para mi Arturo.
- AND. Perdón, amigo del alma... Tenga piedad de mi, señor Barón... no sé lo que me digo... Guárdese esas letras... se lo suplico.
- BAR. Como quiera... ¿Acaso sospecha que el corazón de Herminia será inasequible?
- AND. Esa es la incógnita.
- BAR. Ya se encargará mi hijo de despejarla...

Interín, hay que demostrar más coraje, don Andrés.

AND. Yo sé luchar contra las contingencias que presentan los negocios mercantiles... Veo perfectamente el cariz que toman... Sigo paso á paso sus vicisitudes... No descanso... No me duermo en vanas combinaciones... Pero tengo un lado muy vulnerable... Nunca he creído tanto como debiera, en la perversión de algunos hombres infames, y estos me han robado, señor Barón, me han robado.

BAR. El comercio no tiene entrañas.

AND. Denigrante aforismo, para todos nosotros... ¿Quién me ha oído hablar así? Si esto dura voy á perder la cabeza.

BAR. Serenidad, sobre todo.

AND. Daré una prueba de que aun conservo algún resto de cordura. Vamos á mi despacho. Voy á telegrafiar á mi correspondiente de Viena que suspenda el pago de unas letras de Friedeburg, si aun hay tiempo.

BAR. Vamos. (*Vanse por la izquierda*).

ESCENA VII

Aparece LAURA por la derecha.

LAU. ¿Me habrá entendido Herminia?... Le he hecho señas desde el mirador, para que se venga con Arturo, con cualquier pretexto... El cablegrama no llega, y será preciso echar una sonda en el corazón de ese mozo... Que otro recurso nos quedaria, si Cárlos faltase á su palabra de honor... No veo salida por ningún lado... De mi sacrificio no hay que hablar... Mi amor era Cárlos... Los demás hombres

me son indiferentes... A todos los rechazo ó admito por igual... ¡Si yo pudiera conquistar la voluntad de ese Arturo!... ¡Dios mio! Pon en mis labios palabras de convencimiento... ¿Como se habrá arreglado esa Carlota, para hacerle juguete de sus caprichos?... ¿Cual es el talisman de la seducción? La hermosura. Desgraciadamente para ese caso, mi hermana Herminia es infinitamente más bella que yo... Aquí llegan.

ESCENA VIII

Dicha HERMINIA y ARTURO por el foro con dos ramos de flores

- HER. Ya estamos aquí.
ART. ¡Laura!
LAU. ¡Hola! Arturo!...
ART. ¡Que hermanita!... Pero que hermanita tiene usted.
LAU. Insípida... ¿No es verdad?
ART. ¡Al contrario!... Encantadora... Piramidal!...
LAU. (Malo.)
HER. No le hagas caso.
ART. Flojo chaparrón de flores, que le ha caído de mis lábios... Me gusta de un modo fenomenal.
HER. (No nos faltaba más que esto.) Mira Laura... Arturo es muy galante y debes dispensarle sus exageraciones.
ART. Protesto; mas no vayan á creer que soy ningún cadete... La mujer que á mí me interesa es porqué lo vale.
LAU. De manera que...
ART. Me voy enamorando al vapor.
HER. Muchas gracias.

- ART. Es la verdad... yo soy así... Digo lo que siento.
- LAU. Lo malo que tiene este negocio es que mi hermana Herminia siente de otro modo.
- HER. Dice bien Laura.
- ART. Precisamente esto es lo que más me gusta... Domar todo género de resistencia... Lo mismo me pasa con los caballos.
- LAU. (¡Ah, valiente!)
- HER. Sin embargo, le debo objetar que sólo el amor logrado por la dulzura ó la persuasión, en un caso, ó nacido espontáneamente en otro, es el que debe apetecerse, porque es el único que dá buenos frutos.
- ART. ¡Bah!... Bah!... Del amor se habla mucho y ninguno lo entiende. Concedo que soy un tipo algo especial... Cuando me presentaron á usted por primera vez como candidato á su mano, la encontré fria, muy fria, casi huraña... Aquello me gustó de un modo atroz... tanto, que no he dejado ni un día de recordarlo... Me enamora la resistencia... Por ejemplo... Mi potro Anibal, ese que monto ahora, era casi indomable... Ninguno podía con él. Yo me empeñé en desbravarlo, y no he cejado hasta que lo he conseguido... Hoy obedece á las riendas mas manso que un cordero.
- HER. Tenga en cuenta Arturo, que entre una mujer y un potro, hay alguna diferencia.
- ART. Según y conforme, Herminia; según y conforme.
- HER. Ya lo entiendo. Según la mujer y según el potro.
- LAU. ¿Pero á usted nadie le domina?
- ART. Lo considero algo difícil.

- LAU. Sin embargo, hay quién dice que...
ART. Já... já... já... ¿También saben ustedes...?
LAU. Lo que sabe todo el mundo.
ART. Pues bien, sí; se ha de pasar el tiempo agradablemente, pero esto no importa.
HER. ¿Cómo que no importa?...
ART. Naturalmente... Supongo que ustedes se referirán...
HER. Si... á Carlota.
ART. Amoríos que pasan como las nubes de verano... ¡Pobre Carlota!... Já... já.. já...
LAU. La trata usted, como si fuera una víctima de la maledicencia pública.
HER. (*Levantándose*) Laura, te dejo con Arturo... Siento un jaquecón espantoso, y voy á frotarme las sienes, con un poco de mentolina... Adios Arturo.
ART. ¿Como?... ¿Ya no nos veremos?
HER. No... probablemente... Siga usted conversando con mi hermana... ¡Adios!...
ART. *Au revoir* querida. *Au revoir* y que se alivie.
HER. ¡Gracias! (*Vase Herminia por la izquierda.*)

ESCENA IX

LAURA y ARTURO

- ART. Nos ha dejado con la miel en la boca.
LAU. Mi hermana es así... Tiene un carácter brusco, y un corazón de nieve.
ART. ¿Sufre jaquecas?
LAU. Terribles... A veces se pone inaguantable.
ART. ¡Que Herminia tan deliciosa!
LAU. ¿La encuentra usted deliciosa?
ART. Sí, por cierto.
LAU. Dudo que pueda alcanzar usted su cariño.
ART. El cariño á que usted se refiere no hace

- LAU. falta alguna para contraer matrimonio. No tanto Arturo, no tanto. Profesa unas ideas muy singulares.
- ART. El afecto de los enamorados, se vá como las hojas del árbol, al terminar el Otoño, después de pasada la luna de miel... En la mayoría de los casos, aun resulta inconveniente.
- LAU. Séame franco... ¿Porqué se ha fijado usted en mi hermana? ¿No podría aprovecharle, cualquiera otra mujer, para el negocio que lleva entre manos?
- ART. ¿Llama negocio al matrimonio?
- LAU. Me atengo á sus propias ideas, quite usted el amor, ¿y qué queda?... El árbol sin hojas... Las hojas escuetas, en una palabra, el vil interés... Pero dejemos esto... Responda á mi pregunta... ¿No le sería lo mismo tomar otra compañera?
- ART. De ningún modo. En primer lugar, porque Herminia es el ojito derecho de mi papá, y en segundo porqué se va escitando mi amor propio hasta un grado inverosímil.
- LAU. ¿A usted que más le dá?
- ART. No se canse usted, Laura, y nada tema, yo me encargo de rendir la voluntad de Herminia... Le recuerdo lo que ha sucedido con mi potro.
- LAU. No confie usted demasiado en el éxito.
- ART. ¿Supongo que usted me ayudará?
- LAU. ¿Yo?... Imposible.
- ART. ¿Porqué?
- LAU. Porque sé fijamente que serían ustedes desgraciados, y no quiero hacerme cómplice de semejante desgracia... Además...
- ART. Siga usted.
- LAU. Además... Tengo que hacer un esfuerzo muy grande, para revelárse!o... Se tra-

ta de un secreto que pertenece á una amiga mia... y de un asunto muy delicado.

ART. ¡Ah! vamos... ¡He tenido la desgracia de enamorar á su amiga!

LAU. Cabal. La perspicacia de usted, nos ahorra un montón de palabras inútiles.

ART. ¿Se puede saber su nombre?

LAU. Puede decirse el pecado, pero no el pecador.

ART. ¿Es guapa?

LAU. No es fea.

ART. Lo siento mucho, pero no cambio á Herminia, por ninguna otra mujer del mundo... Su hermana es guapísima, mejorándola á usted como se merece.

LAU. Muchas gracias. (*Luego dice aparte:*) (Cual será el lado vulnerable de este desdichado?)

ART. No estoy tampoco, por tirar la casa por la ventana. Ya dije que Herminia le ha entrado á mi papá por el ojo derecho. Ha de ser con Herminia y nada mas que con Herminia. Líbreme Dios de oponerme. Para torcer la voluntad de mi padre cuando se empeña en una cosa, se necesita una fuerza por lo menos de cinco mil caballos efectivos.

LAU. Es que mi amiga, no tiene nada que envidiar á mi hermana, y bien podría ser el ojito izquierdo del señor Barón del Cedro.

ART. Já... já... já...

LAU. ¿A que obedece esta risa inopinada?

ART. Me rio por lo que acabo de oír... Sin duda usted no se ha fijado en que mi papá del ojo derecho vá bien; pero es algo bizco del izquierdo.

LAU. Ya veo que se chancea. Ríase cuanto

quiera, mas no dude de la seriedad de mis palabras.

ART. ¡Nada de eso Laurita, nada de eso!... Usted sólo puede inspirarme sentimientos de gratitud.

LAU. ¿Porqué gratitud?

ART. Porqué con un par de sesiones como ésta, acabo por enamorarme perdidamente de Herminia.

LAU. (Me he lucido!)

ESCENA X

Dichos, EL BARÓN DEL CEDRO por la izquierda

BAR. Arturo... Vas á venir conmigo... Sin cumplimientos Laura: hágame el obsequio de oír dos palabras.

LAU. (*Acercándose al Barón á un ángulo de la escena*) ¿Que ocurre, señor Barón?

BAR. Acabo de dejar á don Andrés en el despacho. Pónganse de acuerdo con Herminia, y vigilen mucho á su papá.

LAU. ¡Ay Dios mio! ¿Que le ha pasado?

BAR. Yo mismo he sido portador de una mala nueva, y para póstres acaba de leer otra en un diario de hoy que le ha consternado. Yo creo que no será nada; mas conozco á don Andrés, y por si acaso, conviene que sus hijas no le dejen muy sólo en estos instantes.

LAU. Así lo haremos... Gracias señor Barón.

BAR. ¡Adios!... Vamos Arturo.

ART. Hasta la vista Laura. (*Vánse el Barón y Arturo por el fóro*).

ESCENA XI

LAURA, *sola.*

LAU. ¿Que no dejemos solo á papá?
¿Esto que significa?... ¿Seria capaz mi
padre de...? ¡Corro á ver á Herminia!
(*Vase Laura*)

ESCENA XII

D. ANDRÉS *por la izquierda estrujando
con mano convulsiva un periódico*

AND. ¡Oh!... Me falta aire para respirar...
Aquí como allí, siento que la tierra gira
bajo mis pies! ¡Que se hunde mi pensa-
miento en un caos. Este papel acaba de
destruir mi última esperanza, llenando á
la vez, mi corazón de amargura... ¿Pero
es posible que...? Sí, sí... Aquí lo dice...
Aquí «Espantoso naufragio del «Reina
Margarita»... ¡Sumergido el vapor!... To-
dos ahogados.» ¡Que desgracia tan terri-
ble!... ¡Y yo en la ruina!... ¡En la deses-
peración!... ¡No puedo más!... ¡Hijas mias,
perdonadme..! Solo la sangre puede ha-
cer que la mancha de mi deshonor, no se
extienda hasta vosotras... solo mi muerte
es capaz de detener la gigantesca ola...

*Al abrir el cajón de la consola y apoderarse de un
revolver aparecen Herminia y Laura por la derecha.*

ESCENA XIII

Dicho, HERMINIA y LAURA,

HER. ¡Papá!
LAU. ¡Detente!

- AND. ¡Hijas mías!... ¡Dejadme morir!
LAU. ¡Que dices!
HER. ¡Por piedad!
LAU. ¡Por tus hijas!
HER. Por la memoria de nuestra madre!
AND. ¡Estoy perdido, deshonorado!
LAU. No importa, tu vida es lo que queremos.
HER. ¡Vive para nosotras!
LAU. No pierdas la esperanza.
AND. Nuestra última esperanza, acaba de sumergirse en el Océano. Leed.
HER. A ver. (*Leyendo.*) «Espantoso naufragio del «Reina Margarita...»
LAU. (*Dando un grito salido del alma y cayendo desmayada en un sofá.*)
¡¡Jesús!!
AND. ¡Ya lo veis... dejadme morir!
HER. (*Que queda como alelada leyendo el periódico, abrazándose á su padre le dice*) ¡No, eso no!... ¡Yo te salvaré!... ¡Padre! ¡Yo te salvaré!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

**Rico gabinete en la casa de Arturo.
Puertas al foro y laterales.**

ESCENA I

(Aparece ARTURO vestido de frach, acostado sobre un largo sofá con las ropas en desorden y el sombrero de copa en el suelo. Algunas sillas y un divan. Flores y otros objetos, tirados sobre la alfombra. Al levantarse el telón, la escena aparece completamente á obscuras. Poco á poco se va iluminando como á la venida de la aurora.)

ART. ¿Eh? *(Restregándose los ojos.)* ¿Dónde diablos amanezco?... ¿Calle?... Me dormí sobre un sofá... ¿Y Carlota?... ¿Pero qué digo?... Esta es mi casa... Había confundido la casa de mi querida, por la de mi mujer... ¿Qué ha pasado aquí?... ¡Ah! Ya voy recordando... El vapor del Champagne, dejó envuelto en brumas mi cerebro!... ¡Qué juerga!... ¡Válgame Cristo!... ¡La borrachera de anoche, tendrá que esculpirse con piedra blanca, en mi vida de libertino!... ¡Que mal sabor de boca!... ¡Que malestar en la cabeza!... El caso es que esta vida no puede durar...

En menos de un año, he derrochado la herencia de mi padre... ¿Que miro? Las sillas en desorden... ¡Vaya un campo de agramante...! ¡Ya caigo! Mi embriaguez es de las más furiosas. Me dá por romperlo todo, y de seguro que Herminia habrá sufrido, como siempre, las consecuencias... ¡Pobre Herminia! Casi me dan tentaciones de compadecerla... Todos nos hemos equivocado... Mi papá, que esté en gloria, Herminia y yo... Justo es que la responsabilidad se reparta entre todos... Vayamos atando cabos... Anoche, después de la juerga, se empeñó Carlota en venir conmigo á esta casa... Llegamos, y claro está, se armó el gran escándalo... Herminia la echó á la calle... Carlota estaba iluminada y tuvieron que sacarla á viva fuerza los criados... Yo caí sin fuerzas para defenderla, en este sofá, y aquí amanezco... Eso es todo.

(Toca un timbre y aparece Pascual por el foro.)

ESCENA II

ARTURO y PASCUAL

- PASC. ¿Llama el señorito?
 ART. Pascual, pon en orden estos muebles.
(Pascual ejecuta lo que le indica Arturo mientras dice aparte:)
 ART. (Menester será variar algo de rumbo. Digo, preciso es que todo acabe... En mi caja no queda un maravedí... He apelado á todo género de recursos, buenos y malos... He levantado fondos... He dado curso á letras falsas... Qué se yo... lo que he hecho... Esa Carlota, tiene un estómago insaciable.

ESCENA III

Dichos, D. LIBORIO por el foro

LIB. ¡Buenos días!
ART. ¿Usted por aquí, tan de mañana?... Algo tiene que comunicarme... Retírate, Pascual.

(Vase Pascual foro).

ESCENA IV

ARTURO y D. LIBORIO

ART. ¿Que hay?... Nada bueno. Lo trae usted pintado en la cara...
LIB. Efectivamente... Ayer tarde no pude verle.
ART. Bien... ¿Qué pasa?
LIB. Que la casa Meyer de Nueva-York, ha enviado un representante á Barcelona... Ayer estuvo aquí preguntando por usted.
ART. ¿Y qué hay en eso de particular?
LIB. Que la casa Meyer, tiene en su poder las letras que giramos en falso...
ART. ¡Demonio!
LIB. Cincuenta mil dollars.
ART. ¿Y ese representante á qué viene?
LIB. Sospecho que á informarse de la legitimidad de dichos giros...
ART. (¡Estoy perdido!)
LIB. Ya ve usted que el asunto es grave.
ART. Y mucho. ¿Dijo que volvería?
LIB. Si señor, á primera hora.
ART. ¿Qué dinero tenemos?
LIB. Ninguno. Ayer se llevó usted las cinco mil pesetas que había.
ART. Sí, es verdad... No lo recordaba... No hay mas remedio que levantar fondos.

- LIB. ¡Hum!
- ART. Mientras haya crédito lucharemos.
- LIB. Dudo, que en plaza, encuentre usted tomadores.
- ART. ¿Cómo?
- LIB. El descrédito se ha acentuado en estos últimos días de un modo enorme.
- ART. Bueno... Váyase al despacho, y haga una lista de los giros pendientes. Luego hablaremos.
- LIB. A la orden de usted. (*Vase por el foro.*)

ESCENA V

ARTURO, *solo*.

- ART. La ola avanza... El desastre llega. Bien dice don Liborio... Las intenciones del representante de la casa Meyer, no deben ser muy buenas... ¡Y yo entregado al despilfarro y á la juerga! Esa Carlota ha sido mi perdición... ¡Y lo seguirá siendo!... Huiremos de España! ¡No queda otro recurso!

ESCENA VI

Dicho, HERMINIA *por la derecha*

- ART. ¡Herminia! ¡Ven acá!
- HER. ¿Que quieres?
- ART. Siéntate.
- HER. No me cojas de la muñeca... La tengo dolorida.
- ART. ¿Y eso?
- HER. Mira.
- ART. Cierto que la tienes amoratada... ¿Quién te ha hecho eso?
- HER. Vale más que no lo recuerdes.
- ART. Alguna de mis brutalidades de anoche.

- HER. Me estraña que las llares por su nombre.
- ART. ¿Vienes á reeriminarme?
- HER. No... ya me he cansado de darte consejos.
- ART. Supongo que estarás muy ofendida.
- HER. Debiera estarlo.
- ART. No hay duda que desempeñas admirablemente el papel de esposa martir... Tu resignación resulta inverosimil.
- HER. Cumpló solo con mi deber... Ofendida lo estoy... ¿No he de estarlo?... Nunca te habías permitido traer á tu hogar, las mujeres del arroyo... Anoche ha sido la primera vez.
- ART. Y la última, te lo prometo.
- HER. No te creo... Tu seguirás de juerga en juerga... Yo, de calvario en calvario... Pero en esta casa solo has de vivir con una mujer... Fuera de ella, haz lo que te plazca... Es lo único que te pido... Oféndeme... Maltrátame... Hazme víctima de tus inicuos atropellos, pero que en los delirios de la embriaguez, trates de imponerme á tus queridas en el hogar donde yo vivo, cerca de nuestro tálamo... eso, Arturo, no puedo consentirlo... y no lo consentiré... te lo juro por mi honor... Sí, por mi honor de casada.
- ART. No necesitas hacer ningún juramento... Esto se hunde... Hemos de separarnos para siempre.
- HER. ¿Que dices?
- ART. No he de regalarte el oído... Yo soy tu tirano, tu verdugo... Voy á dejarte libre.
- HER. ¿Tratas de abandonar tu casa?
- ART. Por fuerza, hija, por fuerza.
- HER. Espílicate.
- ART. Necesitaba dinero... Negocié unas letras

de falso librador... Fueron á parar á la casa Meyer de Nueva-York.

HER. ¿Que dices?... ¿A la casa Meyer?

ART. Sí... ¿la conoces?

HER. El banquero Meyer: el tio de Cárlos.

ART. ¡Que rayo de esperanza me estás dando! ¿Quien es ese Cárlos?... ¡Hola!... ¡Se cubren tus ojos de lágrimas.

HER. Pasaron como una ráfaga. No abrigues esperanza alguna. Hace dos años, Cárlos Meyer era empleado en casa de papá. Nos dejó para ir á ver á su tio... Se embarcó en el «Reina Margarita.»

ART. Entonces no digas más. El «Reina Margarita» se fué á pique, con todos sus tripulantes.

HER. Sí, á los ocho dias de travesía.

ART. Naufragó mi última esperanza... El tio de este sobrino, que ha sido pasto de los peces, ha enviado á Barcelona, un representante que no tardará en venir y colijo que trae malas intenciones... Si averigua que los giros son falsos, voy á la cárcel, y antes que esto suceda me escapo á cualquier punto de América.

HER. Con Carlota, por supuesto.

ART. Naturalmente.

HER. ¿Es cosa resuelta?

ART. De todo punto, á no ser que tu encuentres un medio de salvación.

HER. ¿Yo?... ¿Que puedo hacer por tí?... ¡Sufrir!... ¡Llorar!

ART. ¿Se vierten por mí esas lágrimas?... ¡Ah! que idea tan luminosa... Mucho te ha entristecido el recuerdo de ese Cárlos Meyer... Has descorrido el velo que ocultaba el único secreto que no quisiste revelarme... ¡El nombre de tu amante!

HER. ¡Arturo!

ART. ¡No!... No te alarmes... Aquello ha pasado ya á la historia. Ese ú otro... me es igual... Alguno había de ser... Mi pregunta solo obedece á un sentimiento de curiosidad... Desearía oirlo de tus labios...

HER. Si tuvieras mas caridad, no torturarias mi espíritu.

ART. ¿Pero no contestas á lo que te pregunto?

HER. ¡Arturo!... ¡Eres un miserable!

ART. Já... já... já... Me encanta tu cólera... Al fin has estallado... Me fastidiaba tu sempiterna resignación.

HER. Deberé recordarte las condiciones de nuestro pacto.

ART. *Non raggionar di lor...*

HER. Pacto infame, pero pacto al fin. Tu no puedes acusarme de haberte engañado.

ART. No hija... si no te acuso.

HER. Haces más que eso... Me cubres de ignominia, haciendo que llegue hasta nuestro hogar la ola de tus escándalos... ¡oh, si!... Deberé recordarte la escena que precedió á nuestro enlace... Laura y yo nos confiamos á tu caballerosidad... Yo te describí el secreto de mi deshonra... Tu necesitabas dinero para tus vicios... El matrimonio te habría la bolsa de tu padre... Laura, la infeliz Laura, se ofreció para el sacrificio... Ella era mas pura que los ángeles... Te suplicamos casi de rodillas, que aceptases un cambio honroso, una compañera digna... ¿Y cual fué tu resolución?... ¿La has olvidado?

ART. No, por cierto... Yo os dije que Laura no me convenía, porque era problemático el consentimiento de mi difunto papá... y que á pesar de todo no cejaba en mi empeño de obtener tu mano... ¿Estás satisfecha?...

HER. ¡Aceptastes la infamia!...

ART. La acepté como otro negocio cualquiera... Tu buscabas dinero para tu padre... Yo lo necesitaba para mi...

HER. ¿Quién fué más vil de los dos?

ART. No daría un cigarro por la diferencia.

HER. ¡Tu!

ART. ¿Y por qué yo?

HER. Porque tu caíste en la infamia para dar satisfacción á tus vicios, mientras que yo lo hacía obligada por la imperiosa necesidad de salvar á mi padre.

ART. Bueno... No hablemos más de eso... Apúntate veinticinco.

HER. Corriente, no hablemos, pero exijo el cumplimiento de una de las condiciones, de aquel honroso compromiso. Te niego en absoluto el derecho de preguntarme nada, sobre ninguno de los accidentes que motivaron mi caída.

ART. Nunca te he visto así. Tienes aire de reina ultrajada.

HER. De mujer ofendida: vileza por vileza... Conforme... Pero tu no la expías... Yo sí... Tu vas por la corriente de los placeres arrastrando mi decoro, sin importarte un ardite la felicidad de tu esposa... Yo hago vida de claustro, resignada con mi suerte, deseando que Dios me perdone, y que en el sufrimiento encuentre la redención de mi falta... Tu continuamente alegre... Yo siempre triste... Tu el verdugo... Yo la víctima... Mira; mira si se puede dar mas de un cigarro, por la diferencia.

ART. Lo malo es que con toda esta deliciosa controversia, no salgo de mis terribles apuros. ¿Quien detiene á ese lobo de la casa Meyer? Si no estuvieras tan escita-

da, me atrevería á dirigirte un ruego... Tu eres una de las mujeres mas hermosas de Barcelona...

HER. (*Se levanta desesperada.*) ¿Que escucho? ¿Cuál es tu pensamiento?... ¿Qué nueva infamia tratas de proponerme?...

ART. Calma, esposa mia, calma... Hoy estás insufrible... Tomas el rábano por las hojas. Tranquilízate... Te has ido demasiado lejos. Vuelve á tu asiento y hablemos como dos buenos amigos.

HER. ¿Qué quieres de mi? ¿Qué quieres de esta desventurada?

ART. Se trata sencillamente de distraer la atención de ese representante, por algunos dias, mientras yo pueda disponerlo todo para ponerme en franquía... No tardará en venir... Las mujeres teneis diabólicos recursos... Recíbele... Procura estar muy obsequiosa con él.

HER. ¡Jesús! Que horrible expiación. (*Se levanta del diván que ocupa para caer en otro sollozando.*)

ART. ¿No quieres serme útil?... Lo siento, amiga mia... Ahí quedas. Si me veo obligado á huir rápidamente, hasta el valle de Josafat. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA VII

HERMINIA, *sola.*

(*Se levanta bruscamente y dirigiéndose á la puerta por donde acaba de desaparecer Arturo. esclama:*)

¡Infame!... ¡Mil veces infame!... ¿Pero que digo?... La infame soy yo, que no tengo derecho alguno para recriminarle. Escupiérame en el rostro, y aun que pu-

diera castigar el ultraje, me vería obligada á soportarlo con resignación... Al dar mi mano á ese hombre, quedó mi honor ahorcado en el tálamo nupcial... La ira es noble... La indignación es justa..... Yo no puedo sentir las..... Estoy manchada... Solo hay una luz en la obscuridad de mi conciencia... Yo hice el sacrificio por salvar á mi padre .. pero no todos los medios son buenos para lograr el fin, aunque el fin sea santo... ¡Morir!... Esta es la única solución que me resta... Mas, ¿por dónde viene la muerte?... ¡Oh, desesperación!... ¡Tampoco puedo morir!... Hay un ser inocente que lo impide!... ¡Mi hijo!... A quién solo puedo amar en secreto... Pensando en mi hijo, se me abren las entrañas... Se desvanece mi voluntad en ráfagas de ternura... Concedo que he sido una infame, y que mi culpa es de tal naturaleza, que no alcanzan á redimirla los tormentos mas atroces... pero, mala madre... mala madre no puedo serlo... ¡Señor! Tu que miras mi desesperación. Tu que conoces mi secreto, aparta el cáliz de mis labios... Debo vivir para mi hijo... La virtud se corrompe... La pasión, hace que la mujer se olvide de su honestidad... Pero no hay bastante cieno en la tierra, ni suficiente infamia en el mundo para corromper el corazón de una madre.

ESCENA VIII

Dicha, LAURA por el foro.

LAU.
HER.

¡Herminia!
¡Ah!... ¡Laura!... Vienes sofocada.

- LAU. Y tu estás llorosa.
- HER. No te preocupen mis lágrimas... Apuesto á que no eres mensajera de ninguna noticia agradable.
- LAU. Déjame respirar. ¿Tendrás ánimo?
- HER. Me asustas.
- LAU. Entonces nada te digo.
- HER. No; habla... nadie nos oye... ¡Oh, que idea!... ¿Se ha puesto enfermo mi hijo?
- LAU. Tu hijo no tiene novedad. Allá le dejé en San Gervasio al lado de Gertrudis, durmiendo en su cunita con la sonrisa de los ángeles.
- HER. ¡Alabado sea Dios!... Dime ahora que se desmorona el mundo.
- LAU. Peor que eso... Se ha descubierto nuestro secreto.
- HER. ¿Qué dices?
- LAU. ¿Te acuerdas de aquel canalla de Melgar?
- HER. ¿Tu pretendiente desdeñado?...
- LAU. El mismo... Me fué repulsivo y su conducta me ha demostrado la justicia con que mereció mi desprecio. ¡Se ha vengado! ¡Pero con que bajaza... con que ruindad!
- HER. ¿Qué ha hecho?
- LAU. Una villanía... Sin duda ha seguido mis pasos... Me ha expiado... Ha sorprendido alguna de mis visitas á San Gervasio. Ello es que anoche en el casino habló á unos amigos de mi... De una deshonra secreta... Del nido donde se oculta el fruto de esa deshonra... ¡Que se yo lo que ha contado ese Melgár!
- HER. ¿Lo ves, Laura?... Dios me castiga... Al fin seré culpada públicamente.
- LAU. Tranquilízate. No es á tí á quien atribuyen la deshonra. No es tu reputación la que está en entredicho.

HER. ¿Cual es?

LAU. La mia. Soy yo la que tiene su honor comprometido por la maledicencia pública.

HER. ¿Tú?

LAU. Sí, yo misma. ¿Por qué me miras con esos ojos espantados?

HER. Porque no puedo consentirlo... Tú amabas á Carlos y yo disfruté del cariño de tu amado, robándote toda esperanza. Yo arrojé al fango mi decoro, y ahora tú que tienes un corazón mas puro que una azucena; tú, que no has dado á las pasiones de la carne ni un átomo de tu virtud, recojes la herencia maldita, cargas con la cruz, soportas mi deshonor... ¡Imposible, hermana!... ¡Imposible!

LAU. No seas niña... Mi alma zozobró para siempre... No he de casarme nunca... diga lo que quiera el mundo de mi. Lo malo es que nuestra desdicha, tiene una segunda parte.

HER. ¿No me habias hundido el puñal hasta la cruz? Acaba.

LAU. Papá estaba en el Casino. No sé quien le contó lo que de mí se decía... Fué al salón donde se hallaba Melgár y allí le dió de bofetones, hasta hacerle rodar por el suelo.

HER. ¿Eso hizo?... ¿Entonces habrá desafío?

LAU. Sin duda.

HER. ¿Pero ese Melgár, como ha podido saber?

LAU. ¡Que sé yo! Abrá seguido mis pasos. Lo que la mala intención no descubre lo inventa... Alguna de mis visitas á San Gervasio... La presencia del niño en casa de Gertrudis.

HER. Eso no; porqué á los ojos del mundo Gertrudis es la madre de mi hijo.

- LAU. Cualquier detalle... Cualquiera indiscreción. Nada mas fácil que abrir el intersticio por donde ha penetrado la serpiente...
- HER. Y todo por mí... Por el afán de ocultar mi culpa... Basta .. basta... Esto es demasiado... Pesa mucho esta cruz... Haré pública confesión de mi falta, para que todo el mundo la conozca.
- LAU. Calla, desdichada... El mal ya no tiene remedio... debemos callar hasta el fin.
- HER. Ruido de un carruaje.
- LAU. Papá que viene en mi busca... Retírate, déjame á solas con él.
- HER. No... Que conozca la verdad... Acábase este martirio.
- LAU. Ya es tarde. Le haríamos un daño inútil. Vete. Te lo ruego, por aquel niño que dejé durmiendo en su cunita, con la sonrisa de los ángeles.
- HER. ¡Ah! Te obedezco. (*Váse por la derecha*)

ESCENA IX

LAURA, *sola*

- LAU. Tendré valor para ocultarle á mi padre la verdad? Tiemblo como la hoja del árbol.

ESCENA X

Dicha, D. ANDRÉS *por el fora*

- AND. Por fin dí contigo.
- LAU. Aquí me tienes.
- AND. ¿Y Herminia?
- LAU. En su gabinete.
- AND. ¿Y su marido?

- LAU. Supongo que estará en el despacho.
AND. De manera, que estamos solos.
LAU. Sin duda... ¡Papá, qué lujo de precauciones!...
- AND. Vas á contestar á todas mis preguntas...
Siéntate aquí... á mi lado... bien cerca,
para que pueda verme en el cristal de
tus ojos.
- LAU. Como quieras. (*Pausa.*)
AND. ¿Nada temes?
LAU. Nada.
AND. Y sin embargo tiemblas.
LAU. Como no temblar con tanto misterio...
Comienza... Sácame de esta ansiedad.
- AND. Nosotros tenemos una casa de recreo, en
los alrededores de Málaga.
- LAU. Si.
AND. Todos los años, con motivo de restaurar
tu salud muy delicada, permito que
pases los cinco meses de invierno, en
esa quinta... Aquel clima es muy tem-
plado.
- LAU. Si, papá, si.
AND. Hace unos dos años, la noticia del nau-
fragio de Carlos, te impresionó de tal
modo, tan hondamente, que fué menes-
ter anticipar el viaje... Hasta tal punto
se resintió tu salud...
- LAU. No se me olvida.
AND. Y fué preciso alargar el plazo estipu-
lado, para que pudiera verificarse la bo-
da de tu hermana, con objeto de que
pudiera acompañarte.
- LAU. Así fué.
AND. Yo no pude hacerlo aquel año... Por lo
demás os dejé con personas de mi abso-
luta confianza, Gertrudis y su marido,
que gobernaban la finca...
- LAU. Si señor...

- AND. Mírame, Laura... ¿Por qué palideces?
- LAU. Yo, señor, yo...
- AND. Dime la verdad: ¿Amabas tú á Carlos?
- LAU. La verdad. ¡Le amaba!
- AND. ¿Y esa pasión?
- LAU. Nunca salió de mi pecho. La encerré con candados de voluntad, tan firmes, que ni el propio Carlos pudo adivinarlo.
- AND. Carlos se marchó sin saber...?
- LAU. Carlos ha perecido en el fondo del mar, sin tener la mas remota idea del amor que me había inspirado.
- AND. ¿Es eso cierto, Laura?
- LAU. No lo lees en mis ojos, padre? ¿No los ves arrasados en lágrimas?
- AND. ¡Oh, sí, hija mia!... Lágrimas mas límpias de pecado, que gotas de agua del Jordán... ¡Confunda Dios á los viles que inventaron la infame calunnia que ha puesto en duda tu honor.
- LAU. ¿Y has hecho caso tú del mundo?...
- AND. ¿Conoces á Melgár?
- LAU. Si... Le conozco. Me pidió hace algún tiempo relaciones, y tuve que desecharle, porque el afecto de mi corazón se ha sumergido con el «Reina Margarita.»
- AND. Todo lo comprendo... Castigaré á ese villano.
- LAU. ¿Tú?
- AND. Anoche le demostré que aun que viejo, me sobran puños y energía... Mañana acabaré de demostrárselo.
- LAU. ¿Qué intentas?... ¿Acaso ese Melgar...?
- AND. Basta... basta... No te alarmes... Te he dado un mal rato... Perdóname... No sé como he dudado de tí ni un momento... ¿Pues no se han atrevido á propalar la especie de que Carlos y tú...? Te indignas, ¿no es verdad?... Estremécete, hija

- mia... No acaba aquí la vil impostura...
Supónese que en nuestra quinta de Málaga, se ocultó el fruto de aquella deshonra... ¡Esto pide sangre y la habrá!
- LAU. ¡Padre! yo no puedo consentir que pongas en peligro tu vida.
- AND. Es inútil que trates de evitarlo... ¡Ah!... Aquí viene Arturo... Retírate, Laura... Tengo también que saldar una cuenta con el esposo de Herminia.
- LAU. Pero...
- AND. Vete. (*Váse Laura por la derecha.*)

ESCENA XI

D. ANDRÉS *y* ARTURO *por la izquierda.*

- ART. ¡Don Andrés!... ¿Usted por aquí?
- AND. He faltado á mi palabra de no poner más los piés en esta casa, por dos razones. La primera no necesitas saberla... La segunda para decirte, que haciendo uso de mis derechos, no solamente como padre de Herminia; pero también como caballero y persona de honor, me hallo dispuesto seriamente á evitar que se repita el escándalo de anoche.
- ART. De fijo que le habrán exagerado...
- AND. No trates de ocultarlo... Todo Barcelona lo comenta.
- ART. Mire usted, don Andrés... Yo ya soy mayor de edad... Puede llevarse á su hija cuando lo tenga por conveniente... Consiento en todo menos en que me pida paciencia para oír sermones.
- AND. Bién sabes que Herminia, se halla decididamente resuelta á no abandonar esta casa... A nõ mediar tal circunstancia, ha

tiempo que ya le hubiera librado su padre de tus inícuos atropellos.

ART. Y yo se lo hubiera agradecido.

AND. ¿Que osas decir?

ART. Que cuando los vínculos matrimoniales se relajan hasta el punto en que se han relajado los nuestros, la separación no deja de ser una necesidad... Herminia y yo, solo somos esposos de pura fórmula...

AND. ¿De pura fórmula?... ¿Y lo dices con esa sangre fría?

ART. Digo la verdad escueta, y me permito hablar así, para que concluyamos de una vez... Ni yo amo á Herminia, ni ella me tiene el menor afecto.

AND. ¿Pero acaso Herminia, ha dejado de cumplir nunca con sus deberes de esposa honrada?... Tu no tienes derecho para hablarme en tales términos de tu mujer... Yo sí para decirte... ¿Que has hecho de la felicidad de mi hija?

ART. Don Andrés; crea usted que ha venido en mala ocasión.

AND. Buena ó mala, exijo una esplicación categórica de tu incalificable conducta. Yo no te entregué á mi hija para esto.

ART. ¡Bah!... ¡Bah!... Usted me entregó á su hija para salir de apuros.

AND. (*Afectado*) ¡Lo que temia!

ART. Lo siento, pero he sido provocado.

AND. ¡Honradez!... Eres una palabra vana... Una virtud acomodaticia á todás las circunstancias de la vida... Tienes razón... Carácter que se tuerce... Voluntad que cimbreá ante el descrédito público... Hombre que tiembla ante la bancarrota... No puede ser un hombre honrado... Así tu me hieres en medio del corazón sin que yo pueda defenderme... Acabará

por decirme que yo te he vendido la mano de mi hija, por un puñado de dinero. Pero aún con el semblante enrojecido de vergüenza te devuelvo esas frases. Hago más todavía... Te las arrojo al rostro.

ART. ¡Don Andrés!

AND. No... No finjas una ira que estás bien lejos de sentir... Tu has perdido el sentimiento de la hidalguía... Tu solo eres capaz de indignarte en el juego de la ruleta, cuando no te es favorable.

ART. ¿Olvida usted que me hallo en mi casa?

AND. Basta de comedias indignas... Tu eres el solo culpable de la desventura que te rodea... Tú que has arrojado al cieno, el tesoro de belleza y virtud que mal aconsejado te entregué en la persona de mi hija Herminia.

ART. ¡Un tesoro de virtud! já... já... já...

AND. ¡Miserable! ¿Que significa esa risa?

ART. Nada, don Andrés; nada de particular.

AND. Te hablo de belleza y virtud ¿y lo tomas á chacota?... ¿Porque te ries?

ART. Puede que lo sepa algún día.

AND. Ha de ser ahora mismo. (*Llamando*) ¡Herminia! ¡Herminia!

ART. ¿Que hace usted?

AND. Llamarla para que se defienda de tu vil reticencia.

ART. Conste que yo nada he dicho.

AND. Ya llega.

ESCENA XII

Dichos, HERMINIA por la derecha.

HER. ¡Padre!

AND. ¡Ven, Herminia! Cuenta la infamia que has cometido.

HER. ¿Yo?...

AND. Contéstale á tu esposo...

HER. ¡Jesús! ¿Conque es él quien te ha dicho...?

AND. ¿Que haces?

HER. ¡Perdón!

(*Arrojándose á los pies de D. Andrés*)

AND. ¡Tú de rodillas!

ART. Entiéndanse como puedan... Necesito aprovechar el tiempo en cosas más urgentes.

AND. ¿Tú de rodillas? ¡y él triunfante!... La carcajada del vicio mofándose de tu virtud y caes humillada á mis pies?... Se han dislocado los ejes del Universo?... Se han invertido las leyes de la moral?

HER. (*Levantándose*) ¡Padre!

AND. Contesta á una sola pregunta... ¿Eres culpable?

HER. Si.

AND. Aparta, te desconozco.

HER. Yo te explicaré.

AND. Nada tienes que decirme... Le has dado derecho á ese vil, que acaba de marcharse, para que ponga el barro de sus botas en la blancura de mis canas... Si cierto no es que le entregué un tesoro inapreciable en tu persona, queda en pié la deuda que contraje con su padre... Aquel dinero en mi bolsa, mancha como el oro adquirido en un negocio infame.

HER. ¿Que ha osado decirte?

AND. Yo no medro con viles mercancías.

HER. ¡Dios mio!...

AND. Sí... sí... No hay sofismas que puedan alterar la verdad de los hechos.

HER. ¿Pero no oyes, padre?

AND. Hay que pagarle á toda costa... Esto es innegable.

HER. ¿No quieres hacerte cargo de mis disculpas?

AND. ¿Para qué?... Números, números y no disculpas... Vamos á ver...

(Sentándose nerviosamente en una mesa donde habrá recado de escribir y tomando un papel del pupitre.)

Mi cuenta corriente con el Banco de España... *(Apunta la cantidad en el papel.)*

Con el banco de Barcelona... *(Vuelve apuntar otra cifra)* Mobiliario... Joyas de Laura...

HER. ¡Padre! ¡Padre mio!

AND. ¡Aparta! ¡Vive Dios! ó no respondo de mí! Total... *(Escribe en el papel la suma)* Toma, entrega este papel á tu marido.

HER. ¿Vas á desposeerte de tu escasa fortuna?

AND. Nada le doy... Todo lo que poseo es suyo. Desde mañana puede venir á recogerlo. Tiene cuatro dias de plazo. Si transcurrido ese tiempo, no viene á solventar mi deuda, haré donación de esa suma á la casa de Caridad... Estoy decidido.

HER. ¿Y donde vas...? ¿Donde piensas dirigirte?

AND. A ver si un hierro tiene mas piedad de mí que la suerte.

HER. Yo te sigo.

AND. Aquí quedas... ¡Ay de tí Herminia... ay de tí como te pongas al alcance de mi cólera... Te perdono el daño que me has causado... ¡Adios!

(Vase D. Andrés)

ESCENA XIII

HERMINIA, LAURA *por la izquierda*

LAU. ¡Herminia de mi vida!

- HER. ¡Laura de mi corazón! (*Se abrazan*) ¿Lo has oído?
- LAU. ¡Todo se ha descubierto!
- HER. ¿Qué hacemos?
- LAU. ¡Qué hacemos!
- HER. ¿Vamos á consentir que papá esponga la vida en un duelo? Melgár le matará... Papá se fué trastornado... Loco.
- LAU. ¿Como evitarlo? ¿Como evitarlo? ¡Ah!...
- HER. ¿Has encontrado algún recurso?... ¿Ha bajado algún rayo de luz á tu cerebro?... El mio está lleno de tinieblas.
- LAU. Si... Corro á ver á D. Pedro Azcarreta...
- HER. El gran amigo de papá... Bien pensado.
- LAU. De seguro que le habrá nombrado su padrino.
- HER. Segurísimo.
- LAU. Don Pedro es un perfecto caballero.
- HER. Un hombre de bien... Le cuentas todo lo ocurrido... Le dices que papá no debe batirse con un canalla, porque vá á una muerte segura.
- LAU. Y si nada consigo... Entonces...
- HER. No Laura. Adivino tu pensamiento... No serás tu la que vaya á ver á ese Melgár... Reclamo ese puesto de honor para mi... Le pediré de rodillas la vida de mi padre... Puede que aún quede un resto de nobleza en aquel corazón podrido... Y si no accede á mis ruegos... si no accede á mis ruegos... Mira Laura, se me va caldeando el cerebro... Voy á decir un disparate; voy creyendo en las mujeres que matan.
- LAU. ¡Por Dios, Herminia!
- HER. Vete... Don Pedro vive muy cerca de aquí... No perdamos tiempo en lamentaciones estériles. Vuelve para decirme el resultado de tu entrevista.

LAU. ¡Que Dios nos proteja!
(*Vase Laura por el foro*).

ESCENA XIV

HERMINIA *sola*.

HER. ¡Que Dios nos proteja!... Pobre Laura inocente... Dios no puede defender del rayo que nos amenaza el edificio levantado por la mentira... Dios es justo... Pero Laura es irresponsable, y sin embargo sufre como yo las consecuencias de mi culpa.

ESCENA XV

HERMINIA, PASCUAL *por el foro*.

PAS. ¡Señora!

HER. ¿Que hay?

PAS. Un caballero que pregunta por el señor ó la señora?

HER. ¿Quién es?

PAS. Me ha dicho que le anuncie como representante de la casa Meyer de Nueva York.

HER. ¡Que pase!... que pase!
(*Vase Pascual por el foro*).

ESCENA XVI

HERMINIA *sola*.

HER. El nombre de Meyer, resuena en mi corazón como un golpe dado en la tumba de mis esperanzas. Veamos porqué pregunta por mi este caballero.

ESCENA XVII

HERMINIA, CARLOS *con aire marcadamente extranjero por el foro.*

CÁR. ¿La señora doña Herminia de Sandoval?

HER. ¡Virgen Maria! ¡Que aparición!... ¿No es ilusión de mis ojos?...

CÁR. Tranquilícese usted, señora... No soy un fantasma... Soy de carne y hueso.

HER. ¡Cárlos!

CÁR. El mismo.

HER. ¡Ah! Conque no pereció en el «Reina Margarita»

CÁR. No señora.

HER. No puedo salir de mi asombro... No quiero dar crédito á lo que ven mis ojos... ¿Conque es usted?

CÁR. Cárlos Meyer, si señora... Cárlos Meyer, naufrago primero, prisionero después en Isla salvaje... Cárlos Meyer que no ha podido evitar el doloroso sacrificio que le ha dado á usted el título de Baronesa del Cedro...

HER. ¡Cárlos!... ¡Cárlos!... Que tarde ha salido de su tumba.

CÁR. Culpa es del destino.

HER. ¿Pero como pudo librarse del espantoso naufragio?

CÁR. Una horrible escena en medio del Océano... La noche tempestuosa y oscura. El mar palpitando en gigantescas olas. De pronto estalla la máquina del vapor... Se abre un enorme boquete y se inundan al punto las cámaras... Yo me hallaba sobre cubierta... Esta fué mi salvación... No quiera usted saber señora los detalles de aquel espantoso drama. Los que más

se precipitaron, son los que antes perecieron... Yo me salvé por milagro, en compañía de un marinero del «Reina Margarita... El barco se hundió para siempre en el Oceano, y nosotros quedamos en lucha con las olas, toda la noche... Cuando estas nos escupieron sobre la playa, yo solo llegué á tierra con vida... Mi compañero fué arrebatado por un golpe de mar casi al término de nuestra violenta arribada... Quedé exánime sobre la arena con todo el cuerpo cubierto de contusiones y heridas... Molido... ensangrentado... Allí permanecí sin fuerzas mucho tiempo, tomando á misericordia del cielo, que se apoderasen de mi unos indígenas que me sorprendieron en aquel parage... Luego un doloroso y largo cautiverio, y por último la desesperación al llegar á Nueva York y enterarme de que en el «Reina Margarita» se habia sumergido lo que apreciaba más que la existencia... ¡La felicidad de mi alma!

HER. Diga usted, que también la mia.

CÁR. Lo creo, la de los dos.

HER. Yo dí mi mano al hijo del Barón del Cedro.

CÁR. No necesita V. justificarse... Lo sé todo... Sé tambien que es usted desgraciada... y que se ha unido á un miserable...

HER. Un miserable, Carlos, un miserable; pero es mi esposo.

CÁR. Perdon, señora. Usted hace bien en defenderle, pero yo no me encuentro en el mismo caso.

HER. ¿Que piensa hacer? Oyéndolo habia olvidado, que es usted portador de unas letras...

CÁR. Si; de unos giros falsos por una suma considerable.

HER. ¡Piedad, Carlos!

CÁR. ¿Para quién?

HER. Para mi esposo.

CÁR. ¿Implora piedad para su verdugo? Para un hombre que la injuria de palabra y la maltrata de obra, llenando de contusiones su cuerpo?

HER. Quién le ha dicho eso?

CÁR. Pertenece al dominio público, señora... Su marido la atropella vilmente, como si en vez de ser usted un angel, fuera una bestia de carga.

HER. Pero es mi esposo.

CÁR. Sí, su esposo, que disipa en escandalosas orgías su hacienda.

HER. Es dueño de mi persona.

CÁR. Que mancha el tálamo nupcial con mujeres del arroyo... Que se burla del honor...

HER. No puedo defenderle, pero tengo obligación de sufrirle... ¡Ah Carlos!... En que ocasión le presenta á mis ojos el destino implacable... En la ocasión mas triste y amarga de mi vida... No fueron mas negros los horrores de la lucha titánica que tuvo que sostener, en medio del mar tempestuoso; porqué yo lucho sin tener playa donde refugiarme, para poder restañar mis heridas... Me encuentra usted resbalando hácia un abismo sin fondo, abandonada por mi marido, despreciada por mi padre, sin consuelo, ni porvenir ni esperanza...

CÁR. Basta, señora. ¿No significa yo nada para usted?

HER. ¡Ah... Carlos!... *(Cae sollozando en un sofá)*

CÁR. Llore usted, Herminia... Llore usted. Las

lágrimas, son un lenitivo para las penas del corazón... Soy inmensamente rico. Pongo á sus plantas mi vida, mi voluntad, mi fortuna, pero ha de ser con una condición... con una sola condición.

HER. ¿Cual? (*Se levanta espantada.*)

CÁR. Que se olvide usted por un momento de que es Baronesa del Cedro, para perdonar al caballero infeliz, al pobre Carlos, que se reconoce autor de toda la desventura que usted sufre, por un momento de pasional extravío...

HER. Silencio... Se aproxima mi esposo.

CÁR. Déjeme sólo con él... Nada tema... Puede usted escuchar desde muy cerca.

(*Vase Herminia*)

ESCENA XVIII

CÁRLOS y ARTURO *que sale por la izquierda.*

ART. ¡Caballero!

CÁR. ¿Es usted el banquero Arturo Sandoval?

ART. Sí señor; tome asiento.

CÁR. Yo soy el representante de la casa Meyer de Nueva-York.

ART. Lo celebro... Lo celebro. Segun parece obran en su poder unos giros.

CÁR. Unos giros falsos... Si señor.

ART. ¿Qué osa usted decir?

CÁR. Señor Sandoval... No nos engañemos mutuamente... El librador de esas letras no existe en parte alguna... Es una falsificación como cualquier otra.

ART. Yo probaré que...

CÁR. Empeño inutil... Mas si usted se obstina en seguir por este camino, nada tengo que hacer aquí... Me retiro...

ART. ¡Oh! Deténgase usted. Si no hay otro re-

medio, me veré obligado á confesarlo.

CÁR. Es lo mejor que puede hacer.

ART. Me he visto obligado á levantar fondos, caballero... La fatalidad me persigue en todos mis negocios desde hace mucho tiempo.

CÁR. No vengo á pedirle esplicaciones... Le diré las órdenes que traigo de mi principal... O me entrega usted la suma que importan dichos giros ó le pongo á disposición del juzgado.

ART. ¡Diablo!... ¡Diablo! Poca misericordia es esa... ¿Tiene usted los giros en su poder?...

CÁR. Si, aquí los traigo... Pero retire la mano del bolsillo... Ya veo que está acariciando la culata de algún revolver... Peor para usted... Le prevengo que en la calle me espera un Inspector de policía...

ART. (Soy perdido.) La desesperación es ciega, perdóneme usted.

CÁR. ¿Tiene mucho interés en poseer esos giros?

ART. Daría mi vida por recobrarlos... Pero no tengo un céntimo en caja.

CÁR. Creo que se equivoca.

ART. Se lo juro á usted.

CÁR. Estoy muy bien informado. Usted tiene en cartera unas letras pagaderas á la vista por valor de doscientos mil francos.

ART. ¿Que dice usted?

CÁR. La verdad... tanto es así que puedo citarle el nombre del librador de esos giros que obran en su poder.

ART. El nombre del librador... Dígalo...

CÁR. Don Andrés...

ART. ¿Mi padre político?

CÁR. El mismo... Don Andrés tiene un crédito ilimitado en nuestra casa.

- ART. ¡Gran Dios!... Pero caballero. Los giros á que usted se refiere, ya se han perjudicado... Llevan fecha muy atrasada.
- CÁR. La firma de Don Andrés, no se perjudica nunca... Sépalo usted.
- ART. De modo que...
- CÁR. Podemos hacer el cange, y aun tendré que abonarle alguna diferencia.
- ART. ¿Pero habla usted seriamente?... Disperdise que me resista á dar crédito á tanta felicidad.
- CÁR. Vengan los giros.
- ART. Los tiene mi esposa. (*Llamando*) ¡Herminia!... ¡Herminia! Nunca creí que mi papá político... Bien es verdad que se realiza un acto de justicia. El mio se lo entregó á Don Andrés generosamente..

ESCENA XIX

Dichos, HERMINIA por la derecha

- HER. Como regalo de boda debes añadir.
- ART. ¿Lo has oído? Tanto mejor... Regocíjate esposa mia... Saca las letras que tienes guardadas, como oro en paño.
- HER. Aquí están.
- ART. ¡Magnífico! Bendigo la curiosidad que te ha hecho oír nuestra conversación.. ¿Son estas?
- CAR. Cabal... doscientos mil francos!... Tome usted mis giros. (*Saca de una cartera unas letras y se las entrega á Arturo*).
- ART. ¡Dichosos giros!... Me tendrá que abonar todavía veinticinco mil... ¡Herminia puedes retirarte...
- HER. (*Al hacer mutis*) (¡Gracias Dios mio!) *se vá*

ESCENA XX

CARLOS y ARTURO

- CAR. Yo haré más que eso.
- ART. ¿Más todavía?... No es posible.
- CAR. Vamos á cuentas... Yo soy algo escéntrico, y me dá por proteger al vicio... ¿Que suma quiere usted, sobre esos veinticinco mil francos, para irse con su querida, con Carlota, á un punto cualquiera de América?
- ART. ¿Que escucho? ¿No se chancea usted, caballero?
- CAR. De ningún modo.
- ART. No comprendo la razón de tan magnánima conducta.
- CAR. La razón poco importa. El oro es lo que suena.
- ART. Tienta usted mi codicia.
- CAR. Añado á la suma que importa la diferencia de los giros que hemos cangeado, veinte mil dollars.
- ART. Aceptado, caballero, aceptado.
- CAR. (*Señalando la mesa*) Escriba usted.
- ART. Con mil amores.
- CAR. (*Dictando*) «Yo, Arturo Sandoval, me comprometo á abandonar á España, en el término de cuatro dias á contar desde la fecha, dejando en absoluta libertad á mi esposa doña Herminia...»
- ART. ¡Ah! Acabáramos... Me la compra usted... Enhorabuena.
- CAR. Siga escribiendo «Vendo mi honor por veinte mil dollars...»
- ART. Esto me parece algo fuerte... Es demasiado, caballero, es demasiado.
- CAR. (*Dictando*). Ponga usted «Vendo mi honor

- por treinta mil dollars...
- ART. ¡Treinta mil dollars!... ¿Ya quien se resiste?... La fecha y la firma... Tome usted...
- CÁR. Aquí está la suma estipulada...
- ART. Soberbio... Soberbio... Usted debe ser Aladino... El de la lámpara maravillosa
- CÁR. Me llamo Carlos Meyer.
- ART. ¡Carlos Meyer! ¿El naufrago?
- CÁR. El mismo.
- ART. ¡Ah!... Todo lo comprendo... Me pagó usted de un modo hartamente mezquino, caballero.
- CÁR. Si le queda algún resto de dignidad y quiere cobrarse más cumplidamente puede hacerlo... Le alojaré una bala en el corazón en el terreno que usted quiera
- ART. Já... já... já... El nombre de Aladino me suena mucho mejor que el de Quijote... Quede usted con Dios... Voy á disponerle todo para el viaje. (He sido un imbécil. Pude haberle sacado cien mil dollars).
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XXI

CÁRLOS, HERMINIA *por la derecha.*

- CÁR. ¡Herminia!... ¡Herminia!
- HER. (*Saliendo.*) ¿Y bien, Carlos?
- CÁR. He comprado su libertad por treinta mil dollars. He aquí el recibo.
- HER. (*Después de haber leído.*) ¡Que vergüenza! Libre soy en efecto... completamente libre... Pero... no... Basta con una infamia... Sobra con la primera caída... Mi esposo me ha vendido, pero yo en cambio juro guardarle lealtad mientras viva.
- CÁR. Yo respeto su decisión señora, y hago

otra solemne promesa... Juro no unirme á otra mujer, mientras sea usted para mi una esperanza.

HER. No, Cárlos... No haga ese juramento...

CÁR. Ya lo dije; y palabra dicha no tiene vuelta. La seguiré amando desde cerca... desde lejos... como le plazca.

HER. Ha pronunciado usted mi sentencia de muerte!

CÁR. ¿Y porqué?... Explíqueme el misterio de esas palabras.

HER. Porqué usted ya no puede pertenecerme... Porque nuestra dicha tiene su tumba en el Oceano... Usted me ha dado el ejemplo... Ha llegado la hora del sacrificio sublime. Caiga la hoja seca del arbol que pide nueva sávia y nuevos frutos... Ruede al suelo la rama podrida... Esto pide la Naturaleza... Esto exige la Ley moral.

CAR. ¡No la comprendo Herminia, no la comprendo!

HER. No importa... Quédese hoy sin comprenderlo... Mañana le haré confesión completa de todo lo que le interesa saber.

CAR. ¿Y por qué no ahora?

HER. Porque no ha terminado todavía la obra de las grandes reparaciones.

CAR. ¿Que falta?

HER. La más urgente... La más bella de cuantas pudiera apetecer un hombre generoso... Salve usted á mi padre.

CAR. ¿Don Andrés está en peligro?

HER. Sáquele de las garras de un miserable espadachin.

CAR. ¿Se bate?

HER. Si... con Federico Melgár... con un calumniador.

CAR. ¿Que ha osado decir ese Melgár?

- HER. No tardará en saberlo... No hay tiempo que perder.
- CAR. ¿Cuándo se ha concertado el duelo?
- HER. Hoy mismo.
- CAR. Tranquilícese, Herminia. Melgár no se batirá con don Andrés.
- HER. Cárlos... amigo mio: hermano mio... Este es el primer placer sin pecado que experimento desde que usted se embarcó para América... Estreche usted mi mano fuertemente... Así... Así... Como en la hora de nuestra despedida... ¿Lo recuerda?
- CAR. ¡Herminia! ¡Herminia!
- HER. ¡Corra usted! corra usted á decirle á mi padre que ya no le debe nada al hijo del Barón del Cedro... Que ya no necesita desposeerse de su modesta fortuna... Que ya puede levantar la frente con dignidad.
- CAR. ¡Adios!

ESCENA FINAL

Dichos y LAURA que al aparecer por el foro, momentos antes, sorprendida por la presencia de Carlos á quien por el pronto no conoce, se encuentra con él frente por frente.

- CAR. ¡Laura!
- LAU. (*Poseída de inmenso asombro.*) Cárlos!!...
¡Divino cielo! (*Se pasa la mano por la frente y cae desvanecida en los brazos de Cárlos.*)
- HER. ¡Laura en brazos de Cárlos! ¡Ya tiene madre mi hijo! ¡Ya puedo morir!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

**Sala decente con galería que dá á un jardín
Puertas laterales**

ESCENA I

(Aparece GERTRUDIS con el oído pegado á la puerta izquierda. A poco PASCUAL por la derecha.)

PAS. ¿Que haces ahí, Gertrudis?

GER. Estoy escuchando.

PAS. ¡Vaya una curiosidad!

GER. ¡Ojalá que no la hubiese tenido!

PAS. Quien escucha su mal oye.

GER. ¡Qué cosas le está diciendo al médico la señora!... Es necesario tener el corazón más duro que una piedra, para que no se sienta enternecido.

PAS. Entérame de algo.

GER. La señora, le dice que es inútil que se canse en formular recetas... Que su fin está cercano y que no hay medicina que cure su enfermedad.

PAS. Yo no soy médico, y creo lo mismo que la enferma... No hay más que ver aquellos ojos siempre tristes... Aquel semblante más pálido que la cera, para con-

vencerse de que la muerte está en acecho, no muy lejos de esta vivienda.

GER. ¡Ay Dios mio!... ¡Dios mio!

PAS. Poco ánimo tiene la señora.

GER. Considera Pascual, las desventuras que están pesando sobre ella... Su esposo la abandona por una querida, embarcándose ambos para América... Don Andrés lleno de indignación cuando se entera de la falta cometida por su hija, la maldice y no quiere volver á verla... Carlos Méyer regresa de Nueva York, cuando todos le creían sepultado en el fondo del Oceano; pero esto en vez de ser una felicidad resulta una nueva desdicha... Primero porque ya no puede unirse á la que fué su amor, y segundo porque en el duelo que tiene con Melgár en un pueblo de la frontera, cae gravemente herido, pago inmerecido á su noble acción, de haber evitado que se batiera con su contrario el padre de Herminia, y para postres, el pequeño Luisin quiere más á Laura y á nosotros que á su propia madre.

PAS. Eso último es lo que más la ha afectado... ¿No adviertes, como se altera su semblante cada vez que el niño nos tiende á nosotros las manecitas?

GER. Ya lo creo... La pobre criatura está muy lejos de sospechar el daño que produce.

PAS. Todo es hijo de la costumbre... se ha criado con nosotros; y es natural, nos tiene más cariño... Con nosotros se rie, y con ella se inquieta y llora.

GER. Él destino de las personas, es una cosa que ninguno lo entiende... Hay mujeres malas á quienes la fortuna les sale rodada como pelota, y sin embargo, doña

Herminia que es un pedazo de pan, no ha hecho más que sufrir en esta vida.

AS. Porque es una mujer con vergüenza... Dirán que faltó á su deber... Todos faltamos alguna vez... Solo que unos se quedan tan frescos y otros se desencajan para siempre.

ER. Calla... Vá á salir el Médico.

AS. Si.

ESCENA II

Dichos, EL MÉDICO por la izquierda.

ED. Hoy no hay receta.

ER. ¿Se halla mejor la enferma, don Justo?

ED. Se encuentra peor, porque desde ayer tiene un dia más de enfermedad.

AS. ¿De modo que no hay remedio para ella?

ED. Desgraciadamente.

AS. Dispénseme las preguntas, señor doctor, en gracia al cariño que profesamos á la señora.

ED. Pregunten cuanto les plazca.

AS. ¿Se puede saber qué clase de enfermedad la lleva á la sepultura?

ED. Verá usted... Verá usted... Como enfermedad no tiene ninguna.

AS. ¿Entonces porque se muere?

ED. Por su propia voluntad.

ER. ¡Válgame Dios! ¡Tan buena que es la vida!

AS. Eso es lo que no entiendo.

ED. Ni hace falta que usted lo entienda.

AS. Quisiera ser médico para darme alguna explicación.

ED. Doña Herminia ha sufrido rudos golpes.

AS. También yo he tenido muchas penas y sin embargo no me he muerto.

- MED. Pero las penas de usted no son de las que matan.
- PAS. Yo tenia la idea de que todo enfermo que se muere, es porque está dañado del corazón... del hígado... de los pulmones etc. etc.
- MED. Sobre eso hay muchos pareceres.
- PAS. ¡Caramba! Que atrasada está la medicina.
- GER. ¡Pascual!
- MED. Déjelo usted... Pascual tiene razón. La Ciencia Médica, sobre haber progresado mucho, se encuentra muy atrasada.
- PAS. Yo creo que doña Herminia, muere porque tiene dañado el corazón.
- MED. ¿Y en qué se funda usted?
- PAS. Me fundo en que ayer la pregunté si le dolía alguna cosa y me dijo que le dolía el corazón.
- MED. ¿Usted cree que el corazón, solo es un pedazo de carne?
- PAS. Con unos pocos niervecillos y unas ramitas de sangre.
- MED. Se equivoca. Doña Herminia le dijo que le dolía el corazón, como pudiera haberle dicho que le dolía el alma... Esta es la gran cuestión, amigo Pascual... El corazón carne es uno, y el corazón alma, es otro, pero aún que son dos corazones distintos, solo hay uno verdadero. Pasado con esto, como con el misterio de la Santísima Trinidad.
- PAS. Es que yo, señor Médico, tampoco creo en el misterio de la Santísima Trinidad.
- MÉD. Aunque así sea... Sepa usted que los dos corazones se influyen mutuamente. Si quiere usted ver triste á una persona que se le dañe el corazón. Si quiere usted desarreglar un corazón, ponga triste á una persona... El microbio conduce á la

tristeza de igual modo que la tristeza al microbio... De manera que los médicos fluctuamos entre esos dos polos. Uno de ellos visible, palpable, lleno de niervecillos y ramitas de sangre como usted dice; el corazón carne: y el otro, fuera de los hechos experimentales: eterna esfinge... misterio impenetrable; el corazón alma, que echa por tierra en muchas ocasiones todos nuestros cálculos... ¿Lo entiende usted ahora?

AS. Ni pizca, señor Médico.

ÉD. ¿No? Pues se acabó la discusión... Tengan muchísimo cuidado con la enferma. Por si acaso, ya saben que vivo cerca de aquí.

ER. ¡Ay, Virgen María! ¿Usted cree que podría morirse?

ÉD. En el momento que ella quiera.

ER. Es que bien pudiera desear morirse hoy mismo.

ÉD. ¿Y que le hemos de hacer? Su vida está pendiente del hilo de su propia voluntad. Avísenme si notasen alguna cosa.

ER. Hasta mañana, don Justo.

AS. Vaya usted con Dios.

(Vase el Médico por el foro.)

ESCENA III

GERTRUDIS y PASCUAL

ER. ¿Has oído?

AS. Y tanto.

ER. Dice que puede morirse cuando ella quiera.

AS. En eso, no estoy conforme.

ER. ¡Calla!... ¿Que sabes tu Pascual? No sé

- como te has atrevido á discutir con Médico.
- PAS. Aunque me hice el tonto, no creas que he dejado de entender todo lo que querido decirnos en aquella retahíla frases... El médico dice que para andar bien, necesitan dos muletas y que se tienen una. Mira si sale lo que yo digo. Que anda coja la medicina...
- GER. Pascual... A grandes males, grandes remedios... No es cosa que la señora entregue su alma á Dios sin ver á su padre.
- PAS. ¿Pero no sabes que don Andrés...?
- GER. Déjate de historias... Tu mismo observastes la cara que puso cuando fuiste decirle que su hija se hallaba enferma de peligro...
- PAS. Efectivamente... Se conmovió de un modo atroz... Hasta me preguntó por niño.
- GER. ¿Como?... Don Andrés sabe...? De seguro que ha sido una indiscreción tuya.
- PAS. No mujer... Por eso no quería decir nada, porque no me echases el muerto. Don Andrés lo sabe todo, y cuando advirtió mi asombro, me dijo: «Nada tienes que ocultarme. Laura me ha revelado el secreto. Ya sé que el niño que está criando no es vuestro...»
- GER. Tanto mejor para ir á verle de nuevo decirle lo que nos ha dicho el médico.
- PAS. ¿Pero tú crees que Doña Herminia...?
- GER. Me dá muy mala espina. *(Suena un timbre.)*
- PAS. Llaman.
- GER. Debe ser Laura, lo consultaremos con ella... Cuanto tarda Mercedes en abrir.
- PAS. Es la impaciencia que sientes.

ESCENA IV

Dichos y DON ANDRÉS por el foro.

GER. ¡Ave Maria purísima! ¡Don Andrés!

PAS. Dios le envía.

AND. Gertrudis... Pascual acercadme una silla, vengo muy fatigado.

(Se sienta en la silla que le ofrece Pascual.)

GER. ¡Que bien ha hecho usted en venir!

PAS. Ya habíamos resuelto volver á verle.

AND. Pues que... ¿Herminia...?

GER. *(Sollozando)* ¡Ay, señor don Andrés!

AND. Ese llanto quiere decir...

GER. Que ya no hay remedio para ella.

AND. ¡Que no hay remedio! ¿Quién ha dicho eso?

GER. El Médico que acaba de salir de aquí.

(Pausa. D. Andrés se limpia el sudor de la frente.)

AND. ¿Donde está mi hija?

GER. Allí... en aquella habitación... ¿quiere usted que...?

AND. No... no... así sin preparación tengo miedo...

PAS. Dice bien don Andrés.

GER. ¿Pero no quiere verla?

AND. Si, mujer si, pero en primer lugar necesito reponerme de la emoción que me habeis producido... Y en segundo deberemos tomar precauciones... Tal vez consultar con el Médico...

GER. Yo creo que...

AND. No Gertrudis, no... Hay que obrar con mucha prudencia... ¿Dígame? ¿se levanta? ¿Puede todavía dejar el lecho?

GER. Ya lo creo... Hay ocasiones en que parece que no tiene nada... Pero esto si... Se

ha quedado tan flaca, que parece un esqueleto.

AND. (Se me parte el corazón.)

PAS. Mujer... Ten mas cuidado en lo que dices... Está haciendo padecer á don Andrés.

AND. Vamos á ver... vamos á ver... ¿No está por aquí?

GER. ¿Quién?

PAS. Quien ha de ser, mujer... quien ha de ser, el niño.

GER. ¡Luisín!... ¿Pregunta usted por Luisín? Allí en aquella habitación (*señalando la de la derecha*) durmiendo en su cunita como si nada bueno ni malo ocurriese en el mundo.

AND. Naturalmente... naturalmente... ¡A esa edad!

GER. Si viera usted, que hermoso es... Parece un querubín de esos que se ven en las pinturas.

PAS. Su cara es un *puñao* de rosas y claveles.

GER. Y con unos cabellos ensortijados, mas rubios que unas candelas.

AND. ¡Ah! ¿es rubio?

GER. Como usted, don Andrés, como usted

PAS. Ha sacado toda la fisonomía de su abuelo.

AND. ¿Tanto se me parece?

PAS. Ya lo creo, mucho más que á su madre.

(*Pausa*)

AND. ¿Duerme ahora?

GER. Si señor... mas no importa... Lo traeré con mucho cuidado para que usted lo vea.

AND. No, no... no lo despiertes.

GER. ¡Que lástima!

AND. ¡Lástima! ¿Por qué?

GER. Porque se priva de experimentar una de las dichas mas grandes de la vida.

- AND. ¿Quién te ha dicho que yo...?
GER. Es usted su abuelo.
PAS. La sangre tira mucho, don Andrés.
AND. Bueno... vamos allá.
PAS. (*Aparte á Gertrudis*) (Ya es nuestro).
GER. (*Aparte á Pascual*) (Calla, quédate por si acaso sale la señora.)
(*Vánse Gertrudis y D. Andrés por la derecha*)

ESCENA V

PASCUAL, *solo*.

Ya se amansó la fiera. Veamos... veamos lo que ocurre... Se ha quedado medio alelado mirando á la criatura... Se inclina hácia él... Le besa... ¡Victoria!... Le sigue contemplando... Se conoce que el niño le tira del alma con mucha fuerza... Le vuelve á besar... ¿Qué apostamos á que don Andrés, se nos vuelve mas blando que un guante? ¿Quién llama?... ¿Habrá sido la señora?... Voy á ver si necesita de mis auxilios... Si ella supiera... Pero yo debo callarlo.

(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VI

Aparece don ANDRÉS extremadamente afectado.

¡Triunfó la inmoralidad! Estoy sumamente afectado... Verdaderamente ese niño parece un querubín. Al estampar mis labios en aquella frente sonrosada y pura me he sentido abuelo... Me remuerde la conciencia... Con tantos puritanismos de honradez, yo he sido el mas culpable de todos, puesto que nunca debí

consentir en el enlace de Herminia con el hijo del Barón... Antes debí caer envuelto en el descrédito y la ruina... En el fondo hubo una gran cantidad de egoísmo en mi conducta. Miré á mi salvación más de lo justo... Los hombres no pueden ser honrados á medias... Hay que serlo del todo ó dejar de serlo... Dios quiera que no sea tarde para corregir en lo posible los males que ha producido mi conducta... Es necesario salvar á mi hija de las garras de la muerte... Esto es lo único que podría reconciliarme con mi conciencia.

ESCENA VII

Dicho, PASCUAL por la izquierda.

AND. Pascual... ¿Cómo sigue?

PAS. Lo mismo... Ahora se está abrigando para dar algunos paseos por esta sala.

AND. ¿Le has dicho que...?

PAS. No señor.

AND. Hiciste bien. Lo mismo he encargado á Gertrudis. Según parece el médico de cabecera vive muy cerca de aquí.

PAS. En esta misma calle.

AND. Acompañame á su casa. Le veremos y acordaremos al punto una consulta con los más eminentes médicos de Barcelona.

PAS. ¿Pero no quiere usted verla?

AND. Luego... Luego... Si el doctor no lo encuentra demasiado fuerte para el estado de la enferma. Ahora vamos á lo más urgente.

(Vanse ambos por el foro.)

ESCENA VIII

HERMINIA, *por la izquierda.*

Voy á ver si puedo llegar hasta aquel sillón sin ayuda de nadie. (*Con mucha fatiga llega hasta un sillón que habrá cerca la puerta de la derecha y dice al tomar asiento:*) ¡Qué fatiga! Me he cansado como si hubiera hecho una larga y penosa jornada. Mis fuerzas se agotan... Ya veo el cercano fin de mis angustias .. Pero necesito vivir todavía.

(*Se va oscureciendo*)

ESCENA IX

HERMINIA, GERTRUDIS *por la derecha*

- GER. ¿Cómo, señora?... ¡Que sorpresa!...
- HER. He hecho un *tour de force*, como dicen los franceses.
- GER. ¿No se encuentra mejor la señora?
- HER. Sí, me encuentro mejor... Bastante mejor... No hay duda que siguiendo así saldremos pronto del paso.
- GER. ¡Ay, cuánto me alegro! ¿Quiere tomar un vaso de leche con bizcochos? Esto le dará fuerzas.
- HER. No.
- GER. Entonces la cucharada con la medicina.
- HER. Dejadme de brevajes.
- GER. Animo, señora... Todo lo que usted padece, es cuestión de ánimo, segun dice mi marido que debiera haber estudiado para médico, segun lo que sabe de enfermos y enfermedades...
- HER. Pero el ánimo no está en la botica, pobre

Gertrudis, ni se puede tomar á cucharadas.

GER. Pero...

HER. No te canses... Abre mas las vidrieras que dan al jardin. Así, que entre la luz, aunque ya muere la tarde... Ven... Ayúdame... Quiero ver el cielo. Respirar el ambiente del jardin. (*Se levanta con auxilio de Gertrudis.*)

GRR. Como guste la señora.

HER. (*Desde el foro*) Las tardes de otoño son muy tristes ¿No es verdad?

GER. Tristonas, si señora ¡muy tristonas!

HER. Desde aquí veo las hojas amarillas... Ahora cae una... luego otra... Asi van cayendo las existencias. (*Pausa*) ¿Y el niño?

GER. Durmiendo.

HER. ¿En su cunita de ruedas?...

GER. Si señora.

HER. Tráelo... Yo volveré á mi asiento.

(*Vase Gertrudis por la derecha mientras Herminia vuelve á tomar asiento.*)

ESCENA X

HERMINIA *y sale de nuevo Gertrudis sacando al niño en un cochecito cama*)

GER. Aquí está... Aun no se ha despertado... Hoy duerme mas que un gusano de seda.

HER. Vete á tus quehaceres Gertrudis... Déjame sola con el niño.

GER. Si me necesita, llame usted.

HER. Si, vete. (*Vase Gertrudis por la derecha*)

ESCENA XI

HERMINIA *y el Niño*

HER. ¡Hijo de mi alma! Cuan lejos está tu pensamiento de la triste realidad que te rodea... Tú ahí en el albor de la vida, durmiendo en sueños de calor de rosa... Yo aquí al borde de la tumba, con el pensamiento lleno de sombras... Duerme, hijo mio, duerme... Tu madre agoniza, pero el dolor mas grande de la tierra, el inmenso dolor que produce la pérdida de una madre, pasará sobre tu cunita, como una mariposa negra, sin poner lágrimas en tus ojos... sin hacer desaparecer de tus labios la sonrisa angelical... Duerme, hijo mio, duerme. Nada importa que yo muera... Tus miradas inocentes se han acostumbrado á ver cerca de ti una imagen que no es la de tu madre... Te ha dado savia y calor un pecho que no es el mio... Te enjendró mi amor y fuistes á parar en brazos del cariño ageno... Asi tus ojos me miran con indiferencia... Asi tus labios balbucientes, no se entrea-bren, para pronunciar la dulce palabra... No es para mi esa miel que destila la sonrisa de los niños, ni es para mi, ese nombre dulcísimo de madre... ¡Ay!... Que angustias siento... ¿Serán las ansias de la muerte?... ¡Gertrudis!... ¡Pascual!... Socorro.

ESCENA XII

Dicha, GERTRUDIS *por la derecha,* PASCUAL *por el foro*

PAS. ¡Señora!

GER. ¿Que ocurre?

HER. Dame aliento, Gertrudis... ¡Quiero vivir!

GER. ¡Corre Pascual! Trae el vaso de la medicina, que está sobre la mesilla de noche.

(Vase corriendo Pascual izquierda)

HER. ¡Que agonía tan grande!

GER. ¡Animo señorita! *(Sale Pascual con un vaso que lo entrega á Gertrudis.)* Beba usted.

HER. Si, venga *(Bebe)*

(Pausa) No me calma.

GER. Es muy pronto, señorita... Se puso fria como el marmol.

HER. El frio de la muerte.

GER. ¿Que dice usted?... Buena muerte nos dé Dios. Ya pasó. Ya se repone...

HER. Si, ya vuelve el calor á mis venas... Dios me ha oido... Necesito vivir... ¡Sangre; no te hieles todavía!... ¡Muerte; espera un poco más!... Ya pasó... Gertrudis, llévate al niño... Toma un beso, hijo mio... ¡Quién sabe si es el último. Duerme, hijo mio, duerme! *(Vase Pascual y Gertrudis llevándose al niño por la derecha).*

ESCENA XIII

HERMINIA, LAURA *por el foro.*

LAU. ¡Herminia!

HER. ¡Ven Laura!... ¡Ven hermana mia!... Cuánto has tardado!

LAU. Pero te traigo magníficas noticias! ¡Carlos acaba de llegar!

- HER. Restablecido de su herida?
- LAU. Completamente.
- HER. ¡Loado sea Dios!
- LAU. Si me prometes no afectarte mucho, te diré que...
- HER. Que no tardará en venir.
- LAU. Cabal... y por otra parte papá...
- HER. ¡Vendrá también á verme... ¿Cuándo?
- LAU. Muy pronto... Yo le conozco mucho... El pobre ya no puede aguantar más su tesón.
- HER. ¡Padre de mi vida!
- LAU. Al pasar por la Rambla, compré este ramito de flores para Luísín... ¿Has visto lo que le gustan las flores al pícaro? ¿Te gusta?
- HER. ¡Mucho!... ¡Mucho!
- LAU. ¿Permites que te riña un poco?
- HER. ¡Bueno!... Ríñeme cuanto quieras.
- LAU. Hiciste mal en no haber revelado á Carlos que ese niño... es el hijo de vuestro amor... Carlos y tu aun pudierais ser felices.
- HER. ¿Cómo?
- LAU. ¡Te lo explicaré! Tú no querrás reanudar tus relaciones con Carlos, mirando á tu honor de casada... En eso harás bien... Te aplaudo y te admiro... Mas figúrate que de un momento á otro llega la noticia de la muerte de tu marido, hecho muy probable dada su conducta licenciosa... Entónces... Carlos es noble y generoso... Carlos te ama con todo su corazón... Entonces te daría su mano... Se reconocería como padre del niño... Os iriais á América, y no habría dicha en la tierra comparable con la vuestra... ¿Qué te parece?
- HER. Laura, hermana mia, eres un angel.

- LAU. Un angel que te predica la buena nueva.
HER. Supongamos que ya me has hecho feliz.
¿Y tu?
LAU. ¿Yo?... Me quedaría en España.
HER. Te encerrarias en un claustro, ¿no es verdad?
LAU. No... no le tengo afición al claustro...
Me iria á nuestra quinta de Málaga... A vivir entre pájaros y flores.
HER. Escucha Laura... Tu amabas á Cárlos.
LAU. ¡Vaya una salida!... ¿Ya quien se acuerda de eso?... Si le amaba, ya no le amo... Cárlos es tuyo, absolutamente tuyo.
HER. ¡Admiro tu heroica fortaleza!
LAU. ¿Por qué?
HER. Dime. ¿Cuántas mentiras has dicho en tu vida?
LAU. Una sola.
HER. No, que son dos... Una para ocultar á nuestro padre infeliz mi deshonra... Otra para ocultarme á mi tu desventura!
LAU. ¿Luego tu crees que...?
HER. No tiembles... Bien: pasémoslo por alto.
¿Y á Luisin le quieres mucho?
LAU. ¡Con toda mi alma!
HER. ¿Como si fueras su propia madre?
LAU. Lo mismo.
HER. El también te quiere más que á mi... ¡mucho más que á mi!...
LAU. No tanto.
HER. ¡Siento frio!
LAU. Claro está... Ya casi es de noche y permanece abierta la vidriera del mirador.
HER. No, no la cierras... Tráeme el abrigo que dejé al pié de la cama.
LAU. Voy corriendo.

(Vase Laura por la izquierda.)

ESCENA XIV

HERMINIA *sola, enjugándose rápidamente las lágrimas*

HER. ¡Que no me vea llorar! siento frio... pero no es en el cuerpo... es en el alma.

ESCENA XV

HERMINIA, LAURA *por la izquierda con un elegante abrigo de cuerpo entero*

LAU. Toma, abrígate.

HER. No tengo fuerzas... ayúdame.

LAU. Así... ¿Que tal?... ¿sientes ahora frio?

HER. No; Carlos tarda mucho.

LAU. ¡Si apenas acaba de llegar!... ¿Tienes prisa de verle?

HER. Mucha! Mucha!

LAU. Hablemos de Luisín... Esto te distraerá.

HER. Ruido de un coche... ¡Es él!

LAU. Creo que sí.

HER. ¡Loado sea Dios! Aún llegará á tiempo!

LAU. ¡Pascual!...

ESCENA XVI

HERMINIA y LAURA, PASCUAL *por la izquierda*

LAU. ¡Corre! Abre la verja del jardín... Dale entrada á ese caballero.

(Vase Pascual.)

HER. ¡Laura... hermana mía, déjame sola con Carlos!...

LAU. ¡Vas á recibirle casi á oscuras! ¿No quieres una luz?

HER. No; vete al pié de la cuna de Luis y

espera... Alumbrad aquella habitación y entornad la puerta.

LAU. Así se hará.

HER. Ahora deseo darte un beso en la frente.

LAU. ¿Y porqué no?

HER. (*Besándola en la frente*) ¡Adios!

(*Vase Laura por la derecha cerrando tras sí la puerta; la escena casi á oscuras.*)

ESCENA XVII

HERMINIA, CÁRLOS *por el foro*

CÁR. ¡Herminia!

HER. ¡Aquí Cárlos, aquí!

CÁR. (*Retrocediendo al acercarse á Herminia*)

¿Que miro? ¿Es usted el espectro de Herminia? ¿Lo hacen mis ojos ó la penumbra que nos envuelve?

HER. No lo dude usted, soy Herminia, y esta es mi mano. (*Alargándole una mano que Cárlos estrecha con efusión.*)

CÁR. ¿Que ha pasado aquí? ¿Quien hizo en este semblante hermoso, tan profundos estragos?

HER. La enfermedad, el dolor... Pero dígame... ¿Se ha curado completamente de su herida?

CÁR. Sí... sí... Completamente... Pero no hablemos de mí... Usted ya sabe todo lo que me ocurrió con Melgár... La herida que me infirió lealmente en la frontera, la recibí como un castigo del Cielo... Hablemos solo de usted... Me ha llamado y héme aquí á su lado. No seré su amante, seré su esclavo... La adoraré como se adora á las imágenes al pié de los altares. Pero que vuelva por Dios el color á esas mejillas, la luz á esos ojos, la sonrisa á esos labios.

HER. Ya no hay remedio, Cárlos... Ya no hay remedio.

CÁR. ¿Qué escucho?

HER. ¡Ay!

CÁR. Pero bien... ¿Que enfermedad padece? ¿Qué médicos la asisten?

HER. ¡Pobres médicos!... ¿Quién es capaz de sostener en los organismos de la vida, un alma tan enferma como la mía...? ¡Nadie!... nadie!

CÁR. ¿Qué le han recetado? Veámoslo.

HER. ¿Quiere usted que le dicte la única receta que podría salvarme?

CÁR. ¿Cual es?

HER. Esta... Párese la máquina del Universo. Hágase girar al tiempo hacia atrás... Sáquese del fondo del Océano al «Reina Margarita»... Llévase á cabo todo eso y después ya veremos.

CÁR. ¡Oh, desesperación! ¡Oh, amargura!

HER. ¡Valor amigo mio! No nos entreguemos al dolor supérfluo... Necesitamos aprovechar el tiempo para algo más útil... Acérquese usted á mí, para que nadie nos oiga... No hay tiempo que perder... Falta la revelación suprema.

CÁR. Usted quiere hacerme una revelación?

HER. Sí... No pierda ninguna de mis palabras... Usted se fué á Nueva York... y mi hermana y yó á nuestra quinta de Málaga... Allí auxiliada por Laura, pude ocultar al mundo mi deshonra.

CÁR. ¡Gran Dios!

HER. Adivine usted algo, á mi me falta aliento.

CÁR. Aquella deshonra no era solamente suya. Era también mía.

HER. ¡De los dos!

CÁR. La flór dió fruto! La pasión se hizo carne!

- HER. Eso.
- CÁR. Mi pecho se entreabre á una dulce esperanza... ¡Herminia! ¿Vive nuestro hijo?
- HER. Vive.
- CÁR. ¿Y has tenido valor para ocultármelo?
- HER. No me recrimines. Sigue preguntando.
- CÁR. ¿Porqué en tales circunstancias diste tu mano al hijo del Barón del Cedro?
- HER. Por salvar á mi padre. Cuandò regresamos de Málaga, el Barón del Cedro había ya entregado á mi padre, como regalo de boda, aquellas letras de cambio.
- CÁR. Sí, sí, tu padre estaba arruinado, pero tu sabías que Arturo era un calavera, un libertino.
- HER. Por eso le dí mi mano, porque era un libertino, para el vicio, deshonra... Para la orgía licenciosa, mujer manchada.
- CÁR. ¿Y nuestro hijo?
- HER. ¡Calla, que pudieras despertarle!
- CÁR. ¿Donde está?
- HER. Con mi hermana Laura... su segunda madre... Nuestro hijo tiene dos madres, la deshonra y la calumnia.
- CÁR. ¡Poder del Cielo! ¿El mundo ha dicho que Laura y yo... ¿De modo que ese hijo de la calumnia...?
- HER. ¡Es nuestro hijo! Laura te ama... Carlos, cástate con ella. Te ofrezco un hogar, un hijo y un angel por esposa.
- CÁR. ¡Oh, no! Tu has de vivir para tu Carlos.
- HER. ¿Verdad que eres mio, absolutamente mio?
- CÁR. Sí.
- HER. ¿Verdad que si te dejo en brazos de otra mujer es por mi propia voluntad?
- CÁR. Sí... sí...
- HER. Después que yo me muera...
- CÁR. ¡Calla! No pienses en eso.

- HER. Después que yo me muera, Laura y tu dichosos no me olvidareis.
- CÁR. ¡Nunca! ¡nunca!
- HER. Abrigo la esperanza de que no echo al arroyo de la ingratitud la rosa de vuestra felicidad.
- CÁR. No... no... te lo juro!
- HER. Y que vendreis á depositar algunas flores en mi sepultura. ¡Ah! ¡Que venga Luisin con vosotros!
- CÁR. ¡Herminia! ¡Me estás asesinando!
- HER. Esto es hecho, Cárlos. (*Pausa*). Abre aquella puerta.
- CÁR. ¿Cual?
- HER. La de esa habitación.
- CÁR. Pero...
- HER. Haz lo que te digo. (*Cárlos abre la puerta de la habitación derecha, de donde sale una viva luz Droumont que contrasta con la oscuridad de la escena*).
- CÁR. ¿Qué miro? ¡Laura meciendo una cuna! ¡Oh, Dios mio!... ¿Ese niño...?
- HER. Ese es nuestro hijo.
- CÁR. ¡Hijo de mi alma!
- (*Entra en el cuarto de la derecha*).

ESCENA XVIII

HERMINIA, *sola*.

¡Le besa, le besa con delirio! ¡Tiende sus manos á Laura! ¡Se consumó el sacrificio! ¡Herminia, ya estorbas en el mundo! ¡Quiero morir! ¡Ahora sí que quiero morir! ¡Allí la luz, aquí la sombra!...

(*Muere. Cae el telón pausadamente*).

FIN DE LA COMEDIA.



